

Filología

Nº 16



Gacetilla académica y cultural

Junio 2021 / ISSN: 2619-5305 (en línea)



Revista de estudiantes de Filología
Universidad de Antioquia

Gacetilla bimestral, Vol. 3

Junio de 2021

ISSN: 2619 - 5305 (en línea)

Medellín, Antioquia

Dirección:

Federico Jiménez Ruiz

Dirección editorial:

Maira Fernanda Guzmán

Brahiam Guerrero Rodríguez

Consejo editorial:

Sebastián Naranjo Monsalve

Juan Diego Buitrago

Eliana Sepúlveda Gómez

Sara Flórez Maya

Diseño y diagramación:

Johnnatan Naranjo Cuadros

Sophia Osorio Bolívar

Juan José Avilez Ortiz

Difusión:

Sara Flórez Maya

Manuela Henao Aguirre

Juan José Avilez Ortiz

Asistencia editorial:

Manuela Henao Aguirre

Samuel Restrepo Agudelo

Natalia Restrepo Sanmartín

Santiago Sánchez Franco

Julio Roperó Daza

Karen de la Hoz

Portada y contraportada:

Juan José Avilez Ortiz

Filología

Gacetilla académica y cultural

N.º 16

Junio de 2021



UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA

1803

Revista de estudiantes de Filología
Universidad de Antioquia

ÍNDICE

VIDA DEL PREGRADO

Comunicado mayo 5 de 2021

MISCELÁNEA

Una tirada de cartas en mi estado de distancia

Claudia Arcila Rojas

En el Paro: un nuevo lenguaje (que no advierte el uribismo)

Mario Yepes Londoño

ESCRITURA CREATIVA

Atardece

Paulo Neo

Blattodea

María Sepúlveda

Herencia

Carlos G. Castro Pinto

La escotilla

Carlos Manuel Cruz Meza

El Día de los Inocentes

Salvador Giraldo

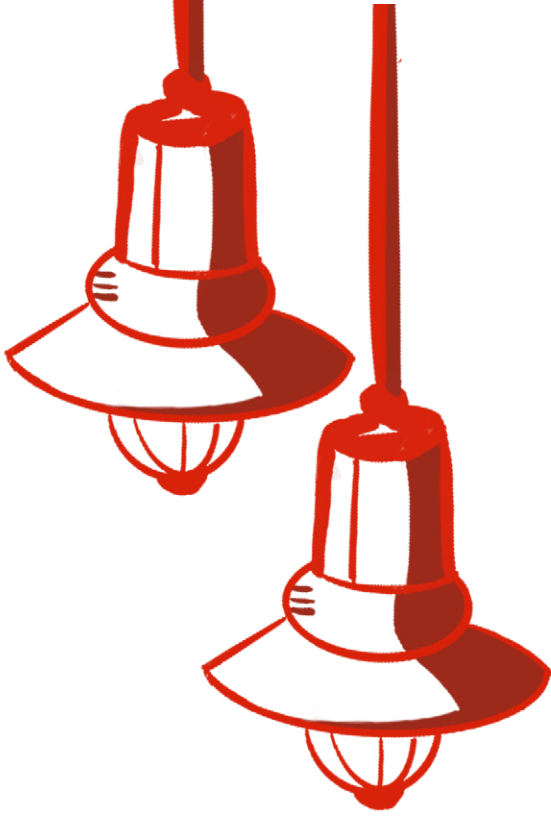
El último hombre en la Tierra

Maydy Nayibi Galvis

Sobre el daño que hace la literatura

Juan Diego Buitrago Ortiz





Rosa flamingo

Karla Hernández Jiménez

Los últimos cinco minutos

Carlos Arturo Narváez Moreno

Cosas inútiles que sobreviven a mudanzas

Marina Bravo Clavero

Pulgacuentos

Gabriel Jerónimo Olarte López

Cronografía

Víctor Hugo Orduña Silguero «Shamir»

Sin título

David González

El tren más lento del mundo

Danilo Andrés Oliva Mura

Haikus de la doncella y el guerrero

Guillermo Romero

El arte como morada de las palabras (Parte 2)

Manuela Vives

LECTURA RECOMENDADA

El marxismo, la educación y la universidad

Estanislao Zuleta

Editorial

Nuestro trabajo no sirve

Cada año, cientos de países alrededor del mundo se unen en un único grito para conmemorar el primero de mayo: Día Internacional del Trabajo. Con un énfasis en los derechos laborales, las personas recuerdan la liberación de uno de sus grilletes, mientras protestan aún con otro atado. Y es que no hay por qué ser ingratos, pues ya trabajamos ocho horas diarias, los azotes se hacen con palabras y podemos reclamar (¿o no?) cuando nos sintamos vulnerados. El amo se llama jefe, la dote recibe el nombre de salario y la desobediencia es una oportunidad de mejora castigada, perdón, corregida con un memorándum. Las palabras son resemantizadas para demostrar que le importamos al sistema o, por lo menos, le servimos.

Sin embargo, estas elucubraciones resultarán de un profundo patetismo cuando las hacemos desde una revista académico-cultural. Por eso, se nos hace necesario reflexionar sobre nuestra labor en el marco de este día festivo.

Debemos empezar con una salvedad: el oficio de la difusión es peligroso, por ende, censurable. Poner el conocimiento al servicio de todos lo único que logra es calentar los ánimos, más aún cuando se trata del arte y la academia. Si a eso le agregamos la expansión de la digitalidad y el acceso directo a la información, la amenaza se triplica. Sin embargo, lo más admirable es que cada vez existan más iniciativas que, sin importar las condiciones técnicas y de producción, se encargan de incomodar.

En ese sentido, nuestro «trabajo» pasa a un segundo plano, incluso a un tercero, puesto que, aparte de riesgoso, no genera dinero. Esta ausencia de capital financiero no dialoga con las exigencias del mercado. En términos matemáticos, como adoran estos prestidigitadores de los números, su apoyo es la asíntota y nosotros somos la línea

recta: nunca nos tocaremos.

Sumémosle a ese agrio panorama la actividad artística, corazón de todos nuestros sentires. La dinámica salvaje del neoliberalismo ha convertido en tareas residuales aquellas centradas en el pensamiento. Los ejercicios creativos han sido relegados del concepto de «productividad» y son enviados al rincón de lo opcional. El artista, usando la metáfora del escritor Fernando Vallejo, solo se alimenta de la teta pública, aunque lo único que reciba sea el calostro.

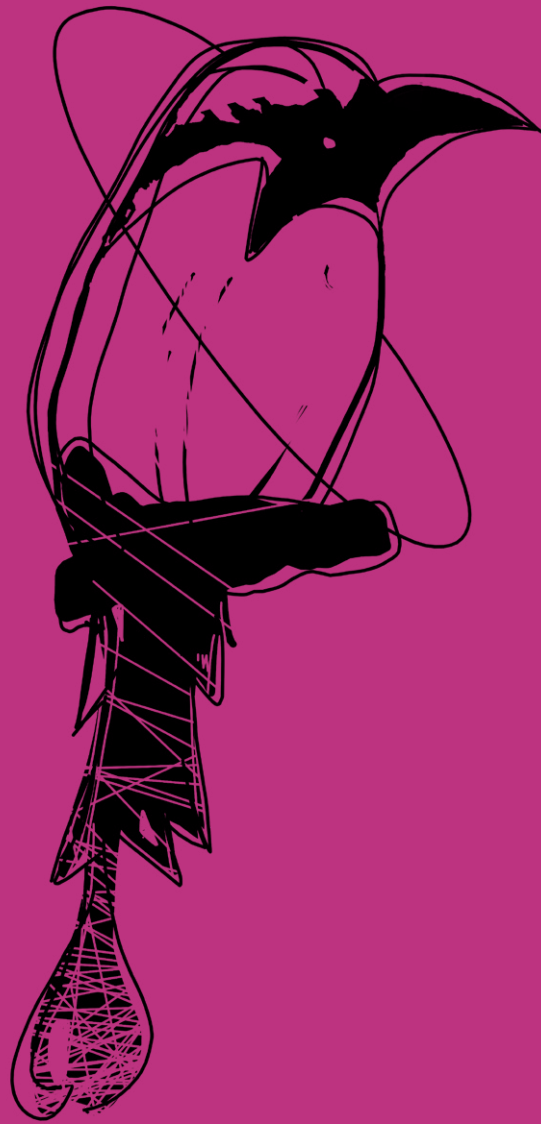
Entonces, si ponemos en una balanza todos estos factores, nuestra profesión, que con cierta filigrana busca darle forma al sentir a través de la palabra, se convierte en la espada de Damocles del orden moderno. Y eso nos gusta, a pesar de que luchemos permanentemente contra un elefante con armadura.

Por nuestra revista han pasado filólogos, literatos, poetas, diseñadores, ilustradores, sociólogos, teatristas, profesores, antropólogos, ingenieros, médicos; han pasado trabajadores y desempleados, titulados y desertores. Todos han sido bienvenidos con sus letras, pues, contrario al sistema, en nuestro proyecto caben aquellos que tengan algo que decir, o mejor, aquellos que guardan silencio, pero cuyas palabras hacen eco.

Quizá, hoy no nos han leído los grandes empresarios que descansan en la cúspide de su montaña de dinero, tampoco los jefes mezquinos que se lucran con el sudor de los demás, mucho menos los gobernantes leguleyos que disfrazan su ignorancia con un discurso sensiblero. Ellos no nos importan. Pero sí nos están leyendo ustedes, quienes, poseídos por el morbo de la curiosidad y el deleite de lo artístico, creen en nuestro proyecto.

Los invitamos entonces a disfrutar de este número en donde convergen cuentos, poemas, reflexiones, artículos académicos y piezas gráficas, que nos ponen de manifiesto la naturaleza provocadora del arte cuando es compartido. Por y para ustedes continuaremos esta labor.

¡Celebremos el día de los trabajos que no importan!



VIDA DEL
PREGRADO

Comunicado mayo 5 de 2021

Desde *Gacetilla. Filología*, revista estudiantil y espacio de debate académico y cultural, nos unimos a las voces de protesta que hoy se escuchan en nuestro país. Manifestamos nuestro apoyo al paro nacional y a la movilización ciudadana, y exigimos que nuestros derechos fundamentales no sigan siendo vulnerados.

La violencia policial y la indiferencia estatal en los últimos días han llegado a puntos alarmantes. Hasta el momento se han reportado 31 muertos y más de 800 heridos en las calles. Asimismo, se han registrado 1443 casos de abuso policial, 10 víctimas de violencia sexual y 814 detenciones arbitrarias. Estas escandalosas cifras nos demuestran que no se trata de hechos aislados, pues la violencia como forma sistemática de represión proviene de las órdenes del gobierno. Ante una situación de esta gravedad la respuesta, desmedida y beligerante, ha sido militarizar las ciudades e instar a la fuerza pública a actuar por fuera de la constitución.

Presenciamos las acciones desproporcionadas y contrarias a cualquier designio constitucional por parte de la fuerza pública. Asesinan, torturan y desaparecen a los manifestantes para generar temor en la población civil. Tácticas como la utilización indiscriminada de armas de fuego, el uso indebido de las armas no letales, la violencia sexual, la falta de identificación de la Policía y las infiltraciones en la protesta ciudadana son indistinguibles a las de un grupo armado ilegal (y si se trata de nuestro país, es imposible no pensar en los grupos paramilitares), lo que ha generado indignación en las esferas nacional e internacional.

El Gobierno Central, en un intento por justificar ese actuar de la fuerza pública, apela al discurso del falso enemigo, a la usual «amenaza guerrillera» y del vandalismo, con la finalidad de generar divisiones al interior de la población civil. Su incapacidad para gestionar los problemas principales que aquejan al país ha alcanzado su cúspide en su pésima intervención a la protesta social: desde su visión obtusa, la única solución posible es la erradicación de esta, aun implicando el asesinato de los manifestantes.

Y como si fuera poco, algunos congresistas han solicitado que se declare el estado de conmoción interior, que permitiría restringir las manifestaciones sociales, controlar los medios de comunicación, realizar inspecciones sin orden judicial y detener a cualquier ciudadano aparentemente sospechoso. Sabemos de sobra que no es esta la solución que necesita un pueblo que lucha por sus derechos. La respuesta no puede ser la desconcertante y paradójica suspensión de la democracia; lo que necesitamos es ser escuchados.

Tenemos que preguntarnos cómo los ciudadanos entienden la naturaleza de la fuerza pública y de la función del Estado. Consideramos que es momento de que este tipo de cuestionamientos se pongan sobre la mesa, y, más aún, cuando persiste la justificación por parte de algunos civiles ante la evidente violencia policial.

Es imprescindible que desde el hacer filológico y cultural se siga resistiendo, debatiendo y aportando a la reflexión sobre el país y sus problemáticas. Como estudiantes, luchamos por la construcción de un pensamiento crítico, uno en el que la palabra «provocar» no sea sinónimo de justificación para la violencia, en el que los eufemismos no llenen los titulares de prensa, en el que se puedan reconocer los sesgos discursivos y la retórica mentirosa de las alocuciones presidenciales.

Que las letras sigan siendo un espacio para crear y resistir.

Gacetilla Filología.



MIISCELÁNEA

Una tirada de cartas en mi estado de distancia

Claudia Arcila Rojas

La experiencia de este tiempo de distancia ha logrado tejerse como una memoria de la escritura que viene con imágenes lejanas de mi infancia; otras presencias liberadas de la prisión de mi inconsciente donde reposan risas y llantos que se habían silenciado como la melodía de un cofre roto. La bailarina de mis recuerdos, cual hada emancipada de las páginas de un cuento, ha vuelto con su danza de palabras interpretando esa música esperanzadora entre imágenes viejas y sabias; símbolos y arcanos que solo pueden ser recibidos en retorno a la intimidad de nuestro niño cautivo entre las redes del pasado. Este tiempo, con su llamado al aislamiento, ha significado pensar y proteger la vida en una alianza con los recuerdos que he logrado perseguir retrocediendo a mis espacios y juegos infantiles, pero también recorriendo las páginas literarias que me han revelado espacios maravillosos en los que me he podido sentir nombrada.

Todo este trayecto de remembranzas es vívido en mi presente. Recuerdo claramente mis complicidades con el subterráneo de una casa vieja y grande que fue el espacio de mis primeros años de vida. Éramos cómplices de la terrenalidad que supone una fracción de tierra abandonada por la idea de la luminosidad del cielo; cómplices de lo bello y lo siniestro (Trías, 2006) que silenciosamente habitan en la humedad y en la penumbra. En ese espacio frío, oscuro y silencioso fui una intrusa encendiendo velas, linternas, poniendo mi voz y mis gritos. De alguna manera, le compartí la tibieza de mi inocencia y mi asombro de exploradora en esos pequeños montículos de tierra que grabaron mis huellas y recibieron una y otra vez mis pasos reiterativos en la búsqueda de algo que hoy comprendo como misterio.

Y es en ese misterio que mi presente palpita y encuentra las coincidencias estéticas con aquel espacio que bien podría ser hoy lo que define mi experiencia, con el extraño tiempo de ensimismamiento que ha supuesto un abrazo con la soledad en diálogo con los rostros de mis miedos. La voz casi audible y la silueta en humaradas de sombras que traen la certeza de la muerte y, con ella, «la gloria de haber visto, menos que un instante, el rostro inaccesible, en el momento mismo en que se volvía y penetraba en la noche: himno a la claridad sin lugar y sin nombre» (Foucault, 1997, p. 29). Estar con la muerte para sostener la vida; retornar a ese frío subterráneo en el himno a la luz que se oculta en la oscuridad y en la incertidumbre de su ubicación y su identidad.

Volver para renacer en el acto de voluntad más amoroso de unión con mis otredades. Ser testigo de este tiempo de muerte ha sido el esfuerzo colectivo para lograr ser testimonio de lo vivido. En este sentido, el reencuentro con el texto de Neruda, *Confieso que he vivido I*, representó para mí un bello testamento del compromiso vital; un recuento donde la poesía, llevada en el fluir de la prosa, me condujo a coincidir con la memoria del subterráneo y con el significado que atraviesa mi presente. Confesaba Neruda, en medio de sus recuerdos colegiales, que «el sitio de mayor fascinación era el subterráneo. Había allí un silencio y una oscuridad muy grandes. [...] Todavía conservo en la memoria el olor a humedad, a sitio escondido, a tumba, que emanaba del subterráneo del liceo Temuco» (1985, p. 14).

Llegar a esta página significó unir dos momentos muy importantes de mi existencia: la infancia, en ese túnel rocoso que atravesaba para llegar a la profundidad del subterráneo, donde la oscuridad me abrazaba con una fascinación que desafiaba mi entendimiento; y el presente, en otro túnel de incertidumbre, donde el subterráneo me devuelve el frío, la oscuridad y la humedad de un tiempo fúnebre. Todo esto me actualiza el misterio, que es también el desafío al esfuerzo de la razón por intentar comprender o explicar lo que está pasando.

Todo ha sido confuso, versátil. Las mismas palabras son tímidos murmullos atreviéndose a sospechar, o a evocar, un afuera desprovisto del control y el castigo de lo que parece desbordarme. El mismo Neruda, recordando los nombres araucanos que le devolvían la sensación de «algo delicioso», me otorgó las imágenes de esa relación fonética que me sumerge en la placidez de ese afuera, al margen de la geografía normativa: «miel escondida, lagunas o ríos cerca de un bosque, o monte con apellido de pájaro» (1985, p. 18).

En estos recuerdos, que se traducen como un significado del sentir en este presente, me doy cuenta de que «La vida y los libros poco a poco me van dejando entrever misterios abrumadores» (Neruda, 1985, p. 23), que me van posibilitando otros caminos y otras presencias que traen arquetipos con su propio enigma. La epístola de la torre fue la página donde la historia de *Alicia en el país de las maravillas* (2016) me comunicó el vértigo de una caída donde la oscuridad del alma transita en un mundo invertido.

La corona de la torre ha sido derrumbada por un rayo, cuyas ondas de choque generan un prolongado y perturbador trueno. Un hoyo profundo es ahora el espacio de un movimiento adverso en el cual el tiempo, tanto el cronológico como el kairológico, parece ingresar a un confinamiento desconocido, y con él todas nuestras memorias, pensamientos, ilusiones y expectativas. El deslizamiento por este subterráneo aproxima al silencio y a la oscuridad de lo desconocido; al descubrimiento de un espacio escondido, cuyas imágenes deambulan hacia el sarcófago de un sueño donde habita la

incertidumbre y el terror ante un posible entierro prematuro (Poe, 1977). Un espacio donde el alma se encuentra extraviada mientras intenta encontrar la ruta de las ideas; el camino que libera de las sombras y fantasmas donde estamos encadenados a las luces de neón y a las apariencias. La torre a la intemperie frente a la tormenta es atravesada por el rayo que, después de la destrucción, trae la calma. En esa torre Alicia es visitada por el aparecer, desvanecer y desaparecer del gato sonriente; otra especie de sombra donde la luz de la sonrisa es también la ironía de un pensamiento paradójico. Y, sin duda, resulta muy paradójico que la torre se me anunciara en esa sensación abismal que el tiempo de la distancia propone como experiencia límite y, por tanto, como cercanía a la muerte. Llegar a ese castillo de naipes donde la reina, la portadora de la corona, está dispuesta a sacrificar nuestra cabeza; a cancelar nuestra relación con la respiración, la contemplación y la meditación: acciones que nos acercan a la oración vital, lindando con la agonía; con el colapso invitando al tiempo otoñal, que desnuda los árboles y pone al descubierto los bosques, sus caminos y atajos por donde «cada uno de sus follajes, lineal, encrespado, ramoso, lanceolado, tiene un estilo diferente, como cortado por una tijera de movimientos infinitos» (Neruda, 1985, p. 9). Tiempo para podar en el viaje, en un camino acordonado por la dualidad de la esperanza y la melancolía.

Ahora bien, para poder cimentar es inminente demoler, aceptar la página de la muerte que, de entrada, nos imprime en la memoria la imagen de una calavera portando una hoz que corta la hierba y despoja de su cabeza tanto a niños como a reyes; «la mirada abierta de la muerte» (Foucault, 1997, p. 29); el terrible magnetismo de una presencia innombrable e inesquivable que, contraria a su representación en el encorvamiento óseo de lo que habría sido un cuerpo humano, lo que nos ofrece es la esbelta y enigmática figura del vampiro con sus espadas dentales. La epístola donde Drácula (2018), justamente en la intimidad de un castillo y en su laberíntica arquitectura de pasillos y escaleras, está negado para reflejarse en los espejos y para deleitarse en las luces del amanecer y del atardecer. Su morada es la noche y, como tal, el reino de los espectros que hacen irreconocible el sendero de la claridad hacia la memoria del alma. La muerte está antecedida por la torre que nos convoca a ser discípulos del silencio y del ocaso; aprendices crepusculares en la más extraña experiencia de comprender los mensajes que trascienden la racionalidad *homo sapiens*: «Para aprender hay que escuchar, y para escuchar hay que callar. El entendimiento y la memoria o la imaginación deben callarse si quieren aprender, es decir, recibir una revelación de lo alto» (Anónimo, 2010, p. 405).

El mensaje de este tiempo, me insiste en morir al presente para renacer en el pasado de ese niño desprovisto de los imaginarios de prevención, acusación y sentencia. Es recordar y despertar; superar la muerte en el olvido y en el sueño; entrar a la vigilia en un verbo creador donde la noche es el recinto para que la luz emerja con la fuerza de

la belleza, la verdad y la bondad; pero también la oscuridad como experiencia predilecta del misterio que me posee y me dicta una instrucción que no puede ser desatendida:

El cielo me deslumbró. Todo el cielo vivía poblado por una multitud pululante de estrellas. La noche estaba recién lavada y las estrellas antárticas se desplegaban sobre mi cabeza. Me embargó una embriaguez de estrellas, celeste, cósmica. Corrí a la mesa y escribí de manera delirante, como si recibiera un dictado (Neruda, 1985, p. 55).

En las memorias de las poéticas nocturnas y sus agónicas imágenes del insomnio y del desasosiego, la muerte libera su belleza en los senderos del secreto que empieza a manifestarse en el transitar de la rueda de la fortuna; en sus giros que distraen a la razón al ser impulsados por la fuerza del corazón (Pessoa, 2018); del movimiento de la vida que no es posible sin la transformación que sugiere la muerte. Y fue en este último arcano que entendí el devenir como conjugación de la vida entre la animalidad y la humanidad que traza retornos y viajes internos para visitar las constelaciones del consciente y del inconsciente. La rueda que nos expone al tiempo que reclama su propia acción (Eclesiastés 3¹):

Todo tiene su tiempo, y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora. Tiempo de nacer, y tiempo de morir; tiempo de plantar, y tiempo de arrancar lo plantado; tiempo de matar, y tiempo de curar; tiempo de destruir, y tiempo de edificar; tiempo de llorar, y tiempo de reír; tiempo de endechar, y tiempo de bailar; tiempo de esparcir piedras, y tiempo de juntar piedras; tiempo de abrazar, y tiempo de abstenerse de abrazar; tiempo de buscar, y tiempo de perder; tiempo de guardar, y tiempo de desechar; tiempo de romper, y tiempo de coser; tiempo de callar, y tiempo de hablar; tiempo de amar, y tiempo de aborrecer; tiempo de guerra, y tiempo de paz.

En la sabiduría del tiempo propicio se mueven estos ciclos como un mosaico donde el destino y las decisiones se entrecruzan; el sublime acontecer de la naturaleza se muestra como el escenario donde la inquietud humana, ante el nomadismo de la fortuna y el infortunio, habita las escenas de la tragedia y la comedia; los trazos del dolor que también grafican el sarcasmo de la risa ante «un cambio radical que ha de vivirse, un salto que ha de cumplirse» (Blanchot, 1969, p. 103). Un camino por el subterráneo oculto cuyas imágenes nos desalojan de toda interioridad «porque todo cuanto es interior se extiende afuera y adopta allí la forma de una imagen» (Blanchot, 1969, p. 20). La interioridad del río emerge a la superficie que, aun con la aparente serenidad del agua, es la expresión del incesante cambio.

En estas imágenes, todas ellas devenidas al afuera desde la interioridad de este

¹ <https://www.bibliacatolica.com.br/la-biblia-de-jerusalen/eclasiastes/3/>

tiempo de distancia, entendí que cada página con su símbolo había llegado en el momento justo como una carta que me hubiera estado esperando para escribir la propia. Esta es mi epístola, esta es mi humanidad poética y mi animalidad felina, donde ambas definen y disuelven lo que soy en un transitar de vidas en que «la creación es una constante rueda que gira con mayor aprendizaje y conciencia» (Neruda, 1985, p. 55); una ruleta donde la vida y la muerte se tejen en el juego del gato y el ratón, pero esta vez es el ratón el que quiere atrapar al gato. Pero el gato tiene siete vidas, las mismas que tiene la poesía: «la poesía no ha muerto. Tiene las siete vidas del gato. La molestan, la arrastran por la calle, la escupen y la befan, la limitan para ahogarla, la destierran, la encarcelan, le dan cuatro tiros y sale de todos estos episodios con la cara lavada y una sonrisa de arroz» (Neruda, 1985, p. 149).

Deseo que esta sea la sonrisa con la cual podamos declararnos guerreros de este tiempo; caminantes de la adversidad y artesanos de la esperanza; que seamos la sonrisa que expone el arcano de la inspiración en la armonía de la templanza y en el soporte de la humildad, donde «hemos mantenido vivas el hambre y sed de saber y comprender, propias de nuestra infancia, y ellas nos llevan a preguntar cosas que no preguntan ya las gentes maduras de la civilización contemporánea» (Anónimo, 2010, p. 434). La humildad que nos permite recibir una imagen, un mensaje, una señal, un lenguaje que trasciende nuestra razón porque:

Los dibujos de las cartas del Tarot cuentan una historia simbólica. Como nuestros sueños, nos llegan desde más allá del nivel de la consciencia y están lejos de ser comprendidos por nuestra inteligencia. Parece apropiado pues, colocarnos ante estas cartas como si se tratara de algo que se nos hubiera aparecido en sueños y nos hablara de un país lejano y habitado por desconocidos (Nichols, 1988, p. 13).

En ese territorio onírico, aunque nos hagamos a la idea de que se trata de un país lejano y con seres que desconocemos, vale la pena que pensemos en el mundo del ser humano; que podamos comprendernos en «*el sufrimiento debajo de los techos, sobre las calles, en todas las estaciones, en las ciudades y en el campo*» (Neruda, 1985, p. 160). Que nos podamos sentir como una familia humana ante las mismas espadas de la muerte: espadas de la injusticia, la indignidad, la esclavitud; las espadas del virus de la indiferencia, portado por una reina que persigue para tumbar cabezas o, tal vez, para derrumbar el imperio de la razón como verdadera huerta de la indiferencia que nos impulsa a desatender el misterio y profundizarnos en un agobio superior al de aquellos que cargan con sus abrumadoras quimeras (Baudelaire, 2018); espadas que nos desangran en un dolor y unas preguntas que no tienen una carta de respuestas, tan solo un camino para que este viaje nos permita encumbrarnos juntos hacia las al-

tas montañas que nos aproximan a las estrellas; transitar unidos por valles abriendo nuevos rumbos y cruzar los ríos hasta llegar a la otra orilla. Celebrar este viaje abriendo nuestros corazones al amor incondicional en las estrofas de las más bellas melodías; esas que producen «en el alma una embriaguez parecida a la de un narcótico que [n]os sumerge en un estado de somnolencia y de deseo» (Nietzsche, 1982, p. 73); esas melodías que despiden lo conocido del pasado y lo predecible del futuro para encarar el presente y su materia energética de posibilidades en la amplitud cuántica, es decir, en el campo invisible que nos permite descubrir la más elevada armonía de la transformación de la materia, como afirmó Heráclito: «La armonía invisible vale más que la visible» (Egers & Juliá, 1994, p. 387), porque en ella conectamos la intención con la emoción y, de esta manera, nos hacemos conscientes de la vida y sus demencias; de la belleza que también se gesta en lo siniestro, y de lo siniestro que le cede lugar a la belleza:

Entonces el espacio se hace grande, profundo y permanente. Estamos ya de pie sobre la tierra. Queremos entrar en la posesión infinita de cuanto existe. No buscamos el misterio, somos el misterio. Mi poesía comienza a ser parte material de un ambiente infinitamente espacial, de un ambiente a la vez submarino y subterráneo, a entrar por galerías de vegetación extraordinaria, a conversar a pleno día con fantasmas solares, a explorar la cavidad del mineral escondido en el secreto de la tierra, a determinar las relaciones olvidadas del otoño y del hombre. La atmósfera se oscurece y la aclaran a veces relámpagos recargados de fosforescencia y de terror; una nueva construcción lejos de las palabras más evidentes, más gastadas, aparece en la superficie del aire; un nuevo continente se levanta de la más secreta materia de mi poesía. En poblar estas tierras, en clasificar este reino, en tocar todas sus orillas misteriosas, en apaciguar su espuma, en recorrer su zoología y su geográfica longitud, he pasado años oscuros, solitarios y remotos (Neruda, 1985, p. 161).

Entonces, hemos de poder pasar por la eternidad del tiempo que graba, en la misma eternidad del espacio, distancias y presencias que nos dan un lugar en la tierra, tal vez como huella, tal vez como memoria; un lugar en el cual también somos parte de esas realidades infinitas contenidas en relatos que otros podrán tener como posesión en su propio misterio. Nuestras palabras tejerán esa infinita espacialidad entre los murmullos placentarios que vuelven a ser el origen de llantos y sonrisas que componen una nueva epístola; una página más en este fascinante libro de arena de Borges (1975) que es la naturaleza con todas sus voces y silencios, sus montañas, piedras y ríos; sus duendes, ángeles, fantasmas y brujas; todos sus guardianes y secretos; sus hadas y revelaciones; las tempestades, la noche, el amanecer; la secuencia eterna de fenómenos siempre asombrosos en su belleza e inasibles en su significado y, aun así, poder escribir,

leer, encontrarnos esa carta que parece ser una nueva prueba de Edipo ante el enigma.

Bibliografía

Anónimo. (2010). *Los arcanos mayores del TAROT*. Traducción: J. López de Castro.

Barcelona: Herder Editorial.

Biblia.

Baudelaire, C. (2018). *Cada cual, con su quimera*.

Blanchot, M. (1969). *El libro que vendrá*. Venezuela: Monte Ávila.

Blanchot, M. (1997). *El pensamiento del afuera*.

Borges, J. (1975). *El libro de arena*. En el Libro de arena. Buenos Aires: Alianza Emecé.

Carroll, L. (2016). *Alicia en el país de las maravillas*. Zaragoza: Editorial Luis Vives.

Egers, C. & E. Juliá, V. (1994). *Los filósofos presocráticos*. Madrid: Editorial Gredos.

Foucault, M. (1997). *El pensamiento del afuera*. Pre-Textos.

Neruda, P. (1985). *Confieso que he vivido I*. Bogotá: Seix Barral.

Nietzsche, F. (1982). *El viajero y su sombra*. Medellín: Editorial Bedout.

Nichols, S. (1988). *Jung y el Tarot. Un viaje arquetípico*. España: Editorial Kairos.

Pessoa, F. (2018). *El poeta es un fingidor. Antología poética*. España: Editorial Cátedra.

Poe, E. (1977). *Cuentos-2*. Trad. y notas de Julio Cortázar. Madrid: Alianza Editorial.

Stoker, B. (2018). *Drácula*. España: Editorial Literatura Random House.

Trías, E. (2006). *Lo bello y lo siniestro*. España: Editorial Ariel.



Rummy

Laura Moreno

Acuarela sobre papel guarro.

En el Paro: un nuevo lenguaje (que no advierte el uribismo)

Mario Yepes Londoño

Humberto De la Calle, como siempre, da en el clavo y esta vez reiteradamente en el clavo inmovible de Duque y su (¿?) partido y sobre todo de Uribe, que, parafraseando lo que se decía de los borbones, ni oyen ni aprenden; ni olvidan, excepto sus obsesiones, muletillas y simplismos. Este domingo les dice: «...sé que el imperio del orden es necesario. Pero eso no se logra diciendo que hay un complot de Venezuela, Rusia, China y las disidencias de las FARC. O que es una conjura de medios internacionales». Como siempre, ellos y sus antecesores nos han construido verbalmente un paraíso que reemplazó la inequidad, la miseria, la ignorancia y la enfermedad, pero aquellas fuerzas externas, y ahora la pandemia, conspiran para la pérdida de ese Edén de la Seguridad Democrática que en estos días hemos visto en todo su esplendor. Ellos no han tenido responsabilidad ninguna ni han sido causa eficiente de daño alguno a esta sociedad; ellos son la democracia, los buenos que son más, la mano firme del orden, y la *mater dolorosa* del corazón grande incomprendido y atravesado por las saetas de la ingratitud de los que sólo tragamos doctrina extranjera totalitaria. Y si no, mire a Duque escondido llorando hasta que lo llevan a Cali, a donde él quería viajar y no lo llevaban.

Tengo mucha edad, la suficiente para darme cuenta de que desde **2019 ha habido un tremendo cambio en el lenguaje de los jóvenes y los líderes, sobre todo los indígenas, que protestan**; puedo recordar las luchas políticas y sociales de los años 1960 en adelante, y en particular las consignas y los discursos extensos de los sectores estudiantiles, profesoraes y sindicales de la izquierda; el lenguaje que, ciertamente, todavía se empeñan en usar tres o cuatro ovnis encapuchados de las universidades e infiltrados (si no copados) por el régimen para desacreditar las acciones populares de los muchos sectores que ahora y hace rato han marchado contra él. Claro que ahora esos pocos tales prefieren no arriesgarse a hablar sino a cumplir el libreto de la acción violenta. Ese lenguaje de aquellas décadas, en plena Guerra Fría, aparte de formular claras protestas y reclamos de derechos, indudables, todo lo oscurecía, y sirviéndole en bandeja de plata al Estado represor la confirmación de sus prejuicios y argumentos, la vinculación irreflexiva a los intereses de los enemigos del capitalismo, los del llamado «socialismo real». El problema era que esos «aliados» externos (la Unión Soviética, China, luego Cuba e, increíble, Albania) no estaban aliados entre sí, vivían

en pie de guerra mutua, verbal y a veces cruenta, y lo que aquí se conseguía era una insostenible dialéctica de consignas, banderas, discursos y asambleas donde los problemas locales eran postergados por el enfrentamiento entre las vías soviética, albanesa y china (ésta, además con los agravantes de episodios como la Revolución Cultural, la Banda de los Cuatro y otras intoxicaciones) y agréguele Pol Pot para que cierre los ojos.

Se daba entonces la incapacidad de distinguir las luchas obligadas: las internas por derechos y reclamos justos, y, por otra parte, las de solidaridad con luchas justísimas como las anticoloniales del Asia y del Africa, de Vietnam o la soberanía de Cuba, distingo que no hubiera obligado a cargar al mismo tiempo con la ideología, la doctrina, las agresiones a otros pueblos, los manuales y las artes decididamente marciales.

No sobra señalar esto: ocuparse exclusivamente de lo propio y exclusivamente con los propios recursos (sobre todo los mentales y los del conocimiento); perder la perspectiva de un contexto global e ignorar causas de nuestros males originados en condicionamientos obligados y forzados por la dependencia, por la sumisión de nuestros gobernantes y poderosos, es imbécil. De nuevo: un pensamiento crítico establece distinciones, crea conductas autónomas, impone prioridades en el compromiso intelectual y en la lucha política.

De paso, esta derecha uriboduquista o de otros colores tan siniestros, cuando habla de ideologías, doctrinas, financiaciones e intereses bastardos extranjeros, se olvida convenientemente de su propia estirpe, de su repugnante tradición histórica. Como bien decía Pedro Luis Valencia (senador de la UP asesinado por los que sabemos), los que se asumen cristianos no pueden negar que su doctrina esencial no viene de Santa Rosa de Osos (donde más bien un obispo la traicionó) sino de Palestina, y que se volvió imperialista con los romanos y sucesores de varios orígenes. Lo esencial de esa doctrina debería seguir vigente para quien lo acepte por decisión racional. La ciencia, el arte, la idea de la democracia, del liberalismo, de la filosofía, la técnica y los avances de la tecnología no nacieron precisamente en el suroeste antioqueño donde nació Uribe, un territorio maravilloso que merecería mejor suerte. Y el conservatismo, todos ellos buenos cristianos, dicen, incluso cuando han salido a matar emulando con los del otro lado, hizo lo que pudo a partir de 1920 (sin hablar de todo el horror bipartidista de antes) para arrasar a sangre y fuego a esa que veían como masa informe de «liberales, comunistas, masones y protestantes». Para ello tomaron sin medida de causas e ideas extranjeras como el fascismo de Mussolini, el nazismo de Hitler, la Cruzada falangista de Franco y el ejemplo «cristiano» de Oliveira Salazar, todos colonialistas, traídos y ensalzados por Laureano Gómez y los suyos; y mandaron voluntarios o reclutados colombianos a Corea para que allá defendieran la «democracia del mundo libre» y aprendieran a enfrentar aquí la subversión, con las ideas de Eisenhower y de MacCarthy. El

partido «liberal» de Turbay (numen de Duque), de Vega Uribe y Camacho Leyva, armó su siniestro Estatuto de Seguridad con la Doctrina de la Seguridad Nacional de Nixon y Kissinger, que no nacieron en un plácido pueblo andino o caribe.

Pero la inmensa mayoría de hoy, los muy jóvenes que están dando ejemplo de compromiso, los dirigentes sindicales, los indígenas, los campesinos y los líderes inteligentes de los movimientos que se manifestaron desde fines de 2019, han empezado por no discriminar a nadie: es emocionante la convocatoria sin alardes, **espontánea y sin apelaciones banderizas o partidistas** a todos los gremios, organizaciones, individuos, etnias, elecciones sexuales, religiones, edades, oficios y profesiones, a todos los de buena voluntad, a los humillados, necesitados y ofendidos y también a los solidarios; a los que sólo marchan, a los que cantan o sólo hablan y gritan, a los que pintan o hacen malabares, a los que bailan, a los que rezan y a los que maldicen con razón. No usan para nada aquel lenguaje de secta; ni esos manuales, libritos rojos o verdes, ni citas de líderes de la guerra. Esta es rechazada inequívocamente. Su discurso va directo a reclamar derechos y libertades, a proponer la vigencia del Acuerdo de Paz y el respeto de la vida, a rechazar la violencia de cualquier origen, a señalar la mentira instalada en la lengua del poder fascista. Durante casi tres décadas algunos nos dolimos de la apoliticidad de los jóvenes, sobre todo de los universitarios, aunque sabíamos que era explicable. Como es explicable ahora la furia de tantos que viene casi siempre de la condición de víctima. Ahora, pese a éstos, la mayoría ejerce una política que es de verdad una apropiación de la **polis**, porque quieren que de verdad ésta les pertenezca con un sentido humanista. Y el lenguaje lo refleja.

La «Unión Soviética» queda para la Cabal (que cree y enseña doctoralmente que Gobineau era un líder e ideólogo comunista, como dijo en el Congreso); la China del capitalismo estatal del partido comunista totalitario para los que la saben aprovechar para negocios, sin la nostalgia de la ideología, pues ésta queda en los militantes maoístas de ayer que ahora orientan al uribismo duquista. Y la sumisión a las imposiciones de la Guerra contra las Drogas y la destrucción del Estado interventor que sólo existe en favor de intereses privados, estos jóvenes las denuncian como crímenes contra la vida y la ecología. La violencia se la dejan a la mezcla de capuchas y robocops. Y el lenguaje lo renuevan para que dé cuenta de que ellos son nuevos, pero quieren representar los intereses de todo un pueblo.

Un aspecto curioso, pero igualmente significativo es el propio cambio del lenguaje de los intelectuales, empezando por los profesores universitarios. Y no hablo sólo de los que en su momento (explicablemente), como estudiantes o como docentes, participaron de aquel extremismo. Los que no lo compartían, pero no por eso eran de derecha; los que eran serios estudiosos de las teorías políticas y de la historia de los movimientos

sociales y las formaciones políticas, aquí y dondequiera. Los que vinieron después, de muy diversas procedencias geográficas, ideológicas y académicas. Hace mucho tiempo que muy pocos (en estudios de Filosofía, de Ciencia Política, de Sociología, o por elección personal en las Humanidades) hablan de Socialismo; es más raro aún oír hablar o leer de marxismo. Quien esto escribe no es ni mucho menos experto en los que Brecht llamaba clásicos del marxismo, sino más bien un desordenado e insuficiente lector de su obra que, en lo poco que aprendió, entiende bien la enorme importancia histórica de sus figuras y de su análisis de la Historia y de las sociedades, visto como debe ser de manera crítica y agnóstica. No tengo duda de que en las generaciones presentes de intelectuales, de ayer y de hoy, hay una reserva grande de pensamiento rebelde a las imposiciones de la reacción y a la amenaza clara del fascismo que representa el Establecimiento dominante. Sólo puedo comprender el fenómeno que señalo por dos explicaciones: La primera, muy determinante, el hecho incontestable de que a las dos generaciones pasadas las golpeó el viento arrasador de personas y de quema de libros por parte de la reacción, el genocidio que se instaló, para no llevarlo hasta la Regeneración, desde el Frente Nacional, con el Estatuto de Seguridad y los gobiernos siguientes hasta el Proceso de Paz con las Farc; lo que Uribe, Duque y su cáfila se empeñan en reconstituír y acelerar. Y la segunda, porque en el estamento también se dan actitudes de estar en la cresta de la ola, de la moda, del «eso ya no», como se vió y se sigue viendo en la ruptura producida en el Arte, notoriamente en el Teatro. O la simple indiferencia.

En conclusión, el lenguaje del pasado extremista, contra las libertades y los derechos, el de las exclusiones por la ideología y la ignorancia, no están en los jóvenes y líderes de todas las ocupaciones que hoy marchan y se manifiestan por la dignidad de la vida para todos. Por esa exigencia los están matando los nostálgicos de la guerra y del pensamiento uniformado, de las ideologías fracasadas. La izquierda razonante, convencida de la necesidad de salvar el Proceso de Paz y de construir una sociedad justa, tiene que mirar, oír y aprender.



ESCRITURA CREATIVA

Atardece

Paulo Neo

I

En el aeropuerto, mochila al hombro, valija en mano. Dormí poco y mal. Es de madrugada. A lo lejos, sobre el horizonte, un rojizo tornasol amenaza tragarse el cielo, de a pedazos. Más allá de esta situación, que es pura trivialidad, lo reconozco, hace varios días que intento terminar un artículo de actualidad. No hablo de esto que están leyendo ahora, se trata de otro mucho más serio, mucho más realista y mucho más comprometido. Y es que para que funcione, necesito un personaje, me digo, mientras avanzo por el pasillo plagado de viajeros y azafatas y cargadores, personal de seguridad y kiosqueros y asaltantes hábilmente disimulados.

Voy descartando mentalmente algunos arquetipos usados y re-usados hasta el hartazgo. Necesito un buen diálogo, carajo. Uno que rebose de referencias populares, económicas, políticas y culturales; una verdadera miscelánea narrativa que describa la realidad de forma aséptica y sensata, oblicua y taxativamente. Entonces, claro, pienso en tomar un taxi.

Me demoro unos minutos en la cola. Hasta que me llega el turno. Subo con mis bártulos y doy la dirección de casa. El trayecto es de una media hora, pienso, debo aprovecharlo al máximo. No puedo perder la oportunidad de recolectar la información que necesito. Acto seguido, comienzo con una serie de preguntas que intentan encender la polémica. Muy a mi pesar, el chofer apenas si se digna a contestar con monosílabos, con algún gesto de la cabeza o una leve inclinación de las cejas. Estoy ante una situación de lo más extraña. Ningún tópico surte efecto. Ante las medidas anticrisis, silencio. Ante el pésimo debut de Maradona o la caída de la Selección Nacional en la final de básquet: silencio. Ante la subida del dólar, la proximidad de las elecciones, la última película de Darín, el diario mamarracho de la televisión o las nuevas series de Netflix: silencio. Ante un comentario del tiempo, última de mis esperanzas de iniciar un debate enérgico y productivo, el chofer responde, lenta, parsimoniosamente:

–Lo único importante del tiempo es lo que hacemos con él–, volviendo a concentrarse en el volante. La vista clavada al frente y todo vínculo cortado, para siempre.

II

Llegamos a casa y no me aguanto la frustración y la impotencia. Entonces le digo la

verdad, es decir, toda la verdad. Le cuento que soy escritor de revistas y que solo subí al taxi para iniciar una conversación que pudiera servirme para un artículo de actualidad; que si no mando un buen texto, no cobro un centavo, y así.

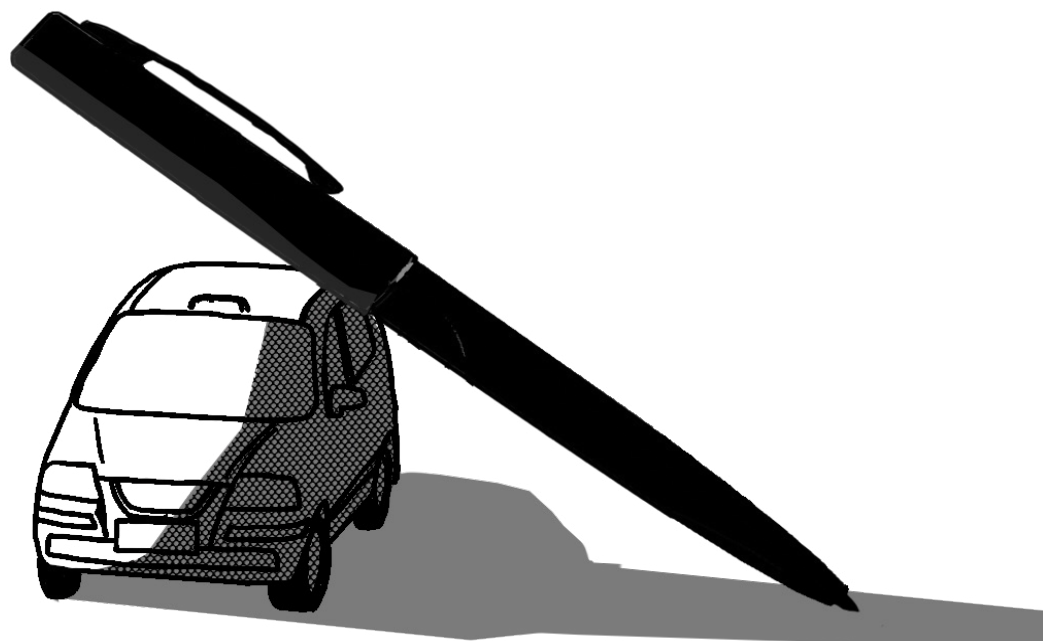
Ahora bien, lo gracioso del asunto viene ahora.

El hombre, luego de pensárselo un poco, acaba confesando que en realidad no es taxista, sino también escritor. Novelista, para más, y que trabaja en una obra nueva e intenta meterse en la piel del personaje: un taxista de mediana edad, melancólico y taciturno. A través de un conocido de su esposa ha conseguido ser chofer de taxi por una semana y que todo esto le parece de una casualidad endemoniada, que seguro irá a parar a la novela en proceso, para más.

Comprendí entonces la parquedad, la indiferencia, tan poco frecuentes en los verdaderos ejecutantes del oficio. Decidimos festejar la extrañísima circunstancia tomando una copa en el bar de enfrente. Ahora la conversación versa sobre Nabokov, Bolaño y Flannery O'Connor.

III

A lo lejos, sobre el horizonte, un rojizo tornasol amenaza con tragarse el cielo, de a pedazos. Atardece, pura trivialidad.





In - corpóreo
Gelman Avendaño Londoño
Fotografía digital.

Blattodea

María Sepúlveda

El viento hace que la ventana tiemble. Son las cinco de la mañana, hora de levantarse. Mis pies tocan el suelo polvoriento; me dirijo al baño, miro mi cara en el espejo manchado de gotas blancas y marcas opacas de humedad; salgo de la ducha y reviso si en el tendedero al fondo de la cocina tengo alguna camisa seca. Bajo de la reja del techo un gancho con ropa. Algo de luz entra por esa lámina de PVC amarillenta; por lo demás, la casa es más bien oscura.

Me visto y escucho que mi tío enciende la radio. Hace meses que lo único que hace es escuchar la vieja radio con la abuela; ella lleva años sin hablar y sus ojos se pierden en las partículas de polvo del aire.

Salgo de la casa a la parada del bus, espero diez, quince, veinte minutos hasta que llega con sus cartelitos con nombres de lugares de la ciudad. Llego al trabajo y vuelvo a casa por la noche. Al abrir la puerta veo el mismo piso polvoriento, las mismas paredes manchadas de humedad, el mismo techo de zinc y PVC sobre el enrejado. La radio sigue sonando tras la puerta de la habitación del tío y la abuela.

Hace algunos días anoté el número de teléfono de una pieza que están alquilando en el centro. Hoy, después de vacilar un momento por la hora, decido llamar. Se escucha el tu-tu-tu al otro lado de la línea una, dos, tres veces. Contesta una señora a la que le calculo unos cincuenta o sesenta años, tiene un tono de voz muy dulce, se llama Constanza. Le pregunto por la habitación en alquiler, me da los detalles y me dice que vaya a verla el domingo que viene; digo que sí, me despido y cuelgo.

El domingo voy a la dirección indicada. Ella me abre la puerta. Su casa es fresca, organizada, llena de ventanas y luz; me hace un pequeño recorrido por el lugar mientras da detalles sobre las condiciones del arriendo. Llegamos a una habitación con un tragaluz en el techo, es de su hija. Dice que no me preocupe, que su hija se va a mudar y que esa habitación estaría desocupada en los próximos días. Algo en mí desconfía, pero igual le digo que me interesa. Dice que en el transcurso de la semana me llamará para firmar el contrato.

Por la noche en la casa, preparando la comida, abro la gaveta de la cocina para buscar un colador, y entre los utensilios veo una cucaracha. Me sobresalto del asco, pero no es nada del otro mundo. Es normal que en un espacio oscuro y húmedo, como la gaveta de una cocina, se encuentren esos animales; y no es la primera vez que los veo

en la casa. Observo por un instante su figura ovalada, plana, color café claro. Con un movimiento casi imperceptible, se esconde debajo de los demás utensilios dejando a la vista dos antenas largas y delgadas. Tomo el colador y cierro el cajón de golpe.

La semana transcurre con normalidad, espero la llamada de doña Constanza. Llega el jueves, me extraña que no haya llamado aún. Por la noche decido que la llamaré a la mañana siguiente, temprano. Me levanto a eso de las once de la noche por un vaso de agua, enciendo la luz de la cocina y, como ramificadas, salen huyendo las cucarachas. Agarro un vaso, abro la llave del lavaplatos y una pequeña, redonda, con rayas, sale espantada del sifón. La aplasto en cuanto llega al piso. Lleno el vaso con agua y me voy al cuarto.

Despierto en cuanto suena la alarma. Entro al baño con precaución ante cualquier insecto, pero no hay nada. Me ducho, veo que hay cabellos pegados al desagüe y mugre grisácea, viscosa, en los espacios que separan las cerámicas de la ducha. ¿Por qué no me había fijado antes? Salgo, me visto y marco al teléfono de doña Constanza. Al otro lado de la línea suena el tu-tu-tu, seguido de un mensaje del sistema de correo de voz. Salgo a la parada. Diez, quince, veinte minutos. Siento que el teléfono vibra en el bolsillo, pero cuando lo saco se pierde la llamada, es un número desconocido. Frunzo el ceño, pero entonces escucho el bus llegando con sus cartelitos y su afán. Me subo a codazos e intento agarrarme a uno de los tubos.

En el descanso del almuerzo vuelvo a llamar. Me contesta la señora de forma efusiva, dice que me llamó por la mañana desde el teléfono de su hija. Le vuelvo a preguntar por lo del arriendo, dice que esté tranquilo, que ya su hija encontró a dónde pasarse, que la próxima semana ya puedo ir a firmar el contrato. Al colgar suspiro. Otra semana.

Llego por la noche y me parece verlo todo más sucio que de costumbre. Abro la gaveta de la cocina y salen, de forma caótica, chiripas pequeñas, oscuras, apenas distinguibles. Cierro el cajón y decido que no quiero pasar mis últimos días en esta casa así; será mejor aprovechar el fin de semana para limpiar.

El sábado empiezo por la cocina. Saco las ollas, vacío los cajones y la alacena, donde encuentro huevos pardos, como frijoles. Limpio con cloro y reparo la pequeña fuga de la tubería del lavaplatos. Barro la casa, limpio el polvo de las repisas, paso el trapero por todas partes. Mi tío no parece muy contento con el olor a cítricos del desinfectante, lo único que hace es cerrar con llave la puerta de donde están él y la abuela. Limpio el baño con vinagre, jabón en polvo y agua hirviendo. Entre los cajones y grietas rocío veneno. Al final del día, la casa parece otra. Pienso que ya no tendré que preocuparme por bichos mientras siga aquí.

Despierto temprano, mi tío ya está con la radio prendida, algo más parco de lo normal. Dice que el olor a cloro le da alergia, que muy seguramente terminaré matando a la abuela que está tan delicada de los pulmones. No le hago caso y pongo a hervir agua para el café. Mientras acomoda a la abuela en la mesa, dice que la casa le parece algo extraña. Me río entre dientes, «extraña», dice. Qué necesidad. Me da igual; no lo hago por él, sino por mí. Noto que algo se mueve en el piso, es una cucaracha tratando de salir del sifón de la cocina. Le echo un poco de agua caliente, y desaparece. La abuela deja de mirar el aire y clava sus ojos en mí, como si quisiera algo. Esa mañana saco aparte las cosas fundamentales para los próximos días: ropa, cepillo de dientes, máquina de afeitar, entre otras. Tendré que conseguir cajas de cartón, donde no será difícil guardar mi vida por un tiempo.

Durante los días siguientes, guardo lo que puedo en los cartones que pido en tiendas y, antes de dormir, procuro dejar limpia la casa, sobre todo la cocina, la sala y el baño. Mi tío está pasando más tiempo encerrado con la abuela y la radio, y cuando salgo pone cara de que me va a decir algo, pero no lo hace.

El miércoles me agacho para buscar la olla del café y veo que la tubería del lavaplatos gotea de nuevo. No le pongo mucha atención, la arreglaré al volver. Ese mismo día llamo a doña Constanza, me dice que ya mañana podré firmar el contrato. Siento un poco más de certidumbre, pero hay algo que no me deja tener esperanzas aún.

Por la noche llueve. Al llegar, la casa está toda encharcada, pienso con amargura que parece que estuviera lloviendo más adentro que en la calle. Busco una olla para poner debajo de la gotera más grande y, bajo el lavaplatos, encuentro tres, cuatro, cinco cucarachas moviendo sus antenas, oliendo la humedad. Suspiro con resignación. Llevo la olla a la sala. Siento que una baldosa se soltó. Miro abajo y vuelvo a pisar, la baldosa se hunde y expulsa agua. Pongo la olla bajo la gotera y la sala se llena con ruidos secos, metálicos. Trato de no pensar mucho y me voy a dormir.

Amanece y la lluvia sigue sonando en el tejado de zinc sobre el enrejado. Huele mucho a polvo húmedo. No sé si lo soñé, pero anoche escuché zumbidos en la oscuridad, como si varias alas vibraran en el aire y se estrellaran contra las paredes. Recuerdo el compromiso y me apuro para irme más temprano que de costumbre. Hoy parece más absurda la espera en la parada del bus, el tumulto apático de la gente, la prisa del conductor. Llego a la casa del centro donde me abre doña Constanza; conversamos un rato de forma cordial, me sirve un café y me pasa el contrato. No lo leo, firmo con seguridad, le paso el papel con el lapicero y le pago un adelanto del arriendo. Me dice con una sonrisa que tenga algo de paciencia, que su hija ya está arreglando sus cosas, que entre esta semana y la próxima la habitación quedará libre. Intento disimular mi molestia y le digo que ya recogí mis cosas, que ya estaba listo para pasarme. Me vuelve

a pedir paciencia, paciencia.

Esa noche vuelvo a limpiar con un trapo y cloro los huevos pardos de los cajones de la cocina, trapeo los charcos que dejan las goteras; no ha parado de llover. En cuanto sale de la habitación, le digo a mi tío que hay que repararlas. «Siempre han estado ahí. De todas formas te vas a largar», dice como un reclamo. Esa noche lo único que se escucha es la lluvia en el tejado de zinc y la vieja radio de mi tío. Al intentar dormir, siento unas patas con espinas en mis pies y sacudo la sábana. Corren por mi costado; tiro la mano y no hay nada. De nuevo por mi espalda, pero los dedos no las alcanzan. Varias patas delgadas pasan por mi cuerpo, más de seis, pero no las atrapo, se escabullen. Empiezo a sentir miedo, miedo de que me abran la piel con las pinzas diminutas que tienen por boca, de que sigan burlándose de mí, quién sabe por cuánto tiempo más. Me quito la sábana de encima para verlas, pero no hay nada.

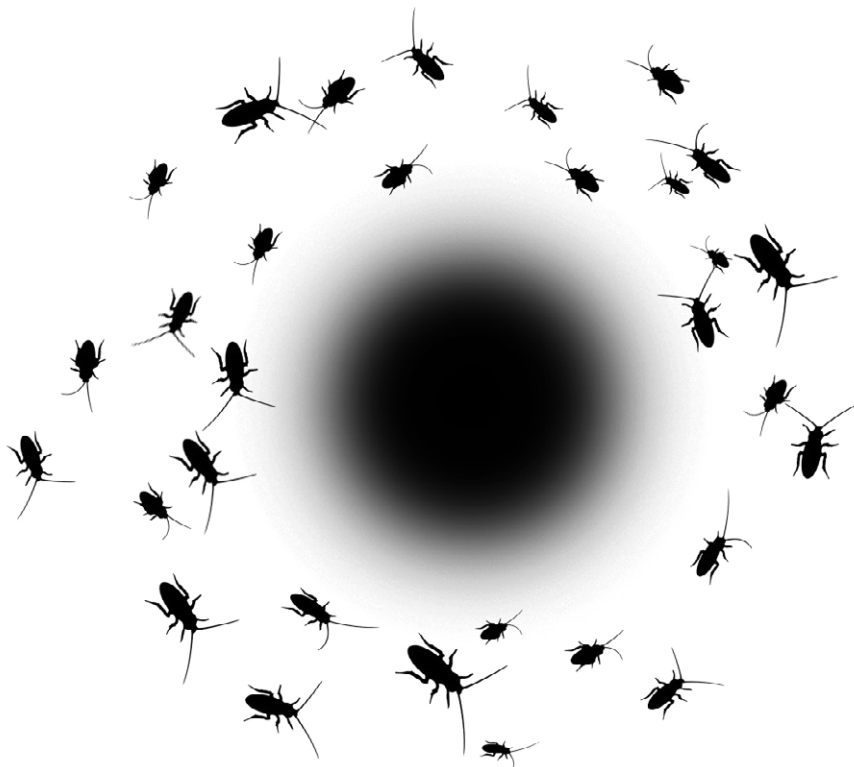
Pasa otra semana en silencio. Llamo y llamo y nadie contesta. Las cajas con mis cosas están empezando a agarrar polvo. Paciencia, paciencia ¿Hasta cuándo? ¿Por qué tiene que ser tan difícil, tan absurdo todo? El jueves, por fin, contesta la señora Constanza. Me dice, algo incómoda, que han surgido dificultades en la mudanza de su hija, le pregunto qué tan difícil puede ser una mudanza, que entonces para qué pone en arriendo una pieza que no van a desocupar, y me repite una y otra vez que tenga paciencia.

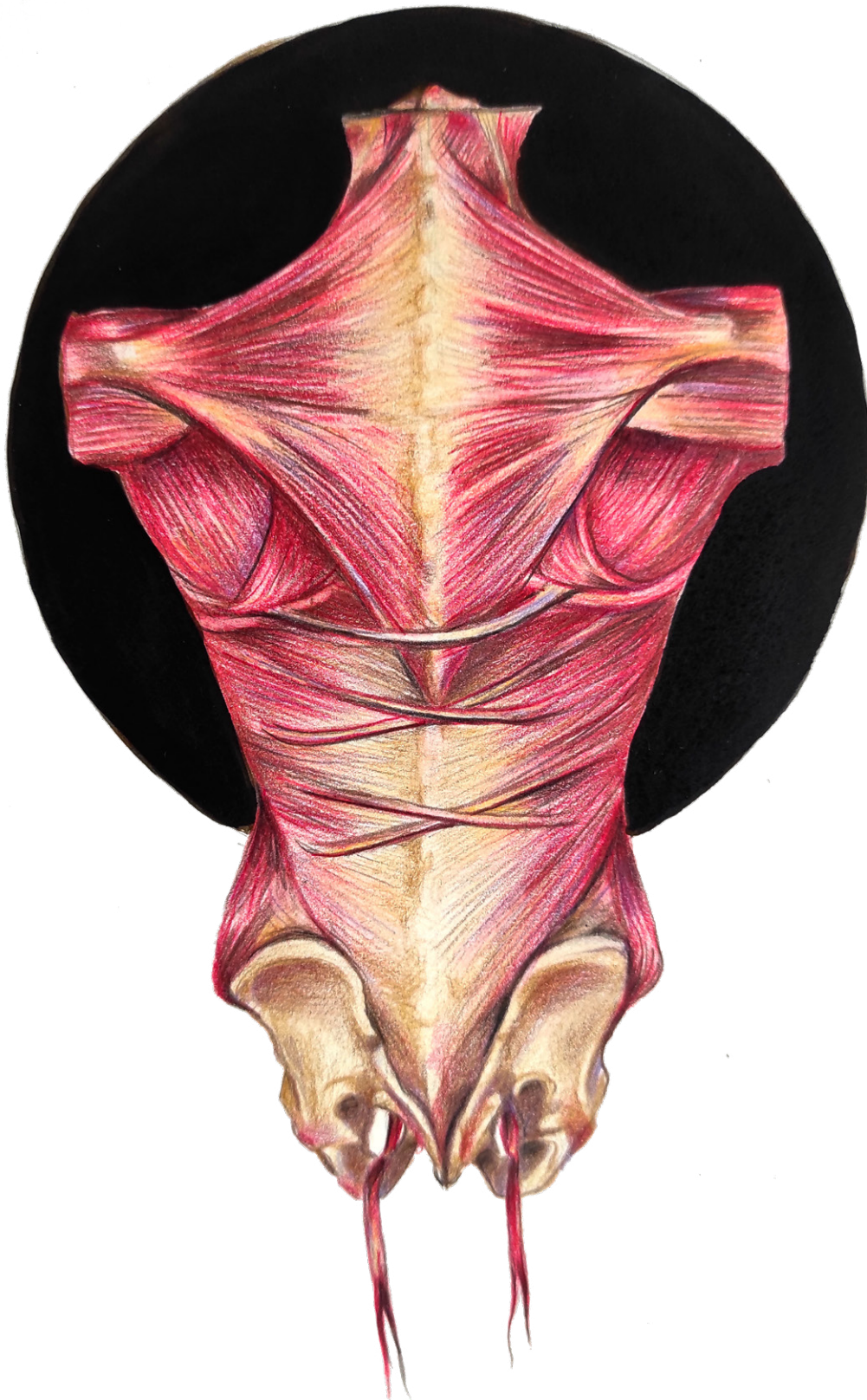
El fin de semana decido ir a aquella casa. Me asomo a una de las ventanas y no logro ver nada. Toco el timbre, me quedo ahí, esperando, y nadie abre. Acerco un poco la oreja a la puerta intentando escuchar algo de vida dentro, pero al otro lado todo parece tan quieto, tan silencioso. Vuelvo a tocar, a esperar unos minutos. Decido volver a mi casa. Al llegar, mi tío está ayudando a la abuela a sentarse en la mesa, donde están servidos el café y el pan de la tarde. Ella desmigaja, temblorosa, el pan con sus dedos de uñas largas. Mi tío me mira apático, impaciente, sus facciones se difuminan con la oscuridad grisácea de la sala. El sonido de la radio llena la casa con su murmullo ahogado por las gotas sobre el tejado de zinc. Él no dice nada, yo tampoco.

Paciencia, paciencia. Trato de limpiar la casa, pero cada día que vuelvo la encuentro mugrienta, encharcada. Hoy noté que otras dos baldosas del piso están flojas. No solo la tubería del lavaplatos gotea, sino también la del lavamanos, y la llave del lavadero tiene fugas. Mi tío solo escucha la radio con la abuela en el cuarto. No quiero desempacar mis cosas de las cajas, pero ese cartón las atrae, aparecen en la noche, en la madrugada, entre la ropa, en la ducha, debajo del lavadero. Ya entendí que esta casa les pertenece.

Pasan los días, el martes vuelvo a insistir en llamar, aunque sea para que me devuelvan la plata del arriendo y buscar otro sitio, pero no responden, ya no me sorpren-

de. Tarde en la noche recibo una llamada, es la hija de doña Constanza. Me dice, con ese tono de falsa vergüenza, que ella y su madre tuvieron que salir de la ciudad por un tiempo para resolver asuntos familiares, que ha tenido problemas con su mudanza y que tendré que esperar algunos días más. Ella también me pide paciencia, me llamará la semana que viene. Me quedo con el teléfono en la oreja, aún después de que la mujer ha colgado. El viento hace que la ventana tiemble, la lluvia suena en el techo de zinc y pareciera que los sonidos se expanden más en los espacios vacíos de la habitación. Guardo el teléfono debajo de la almohada, escucho en el piso esos bichos aplanados escabulléndose con movimientos huidizos entre las grietas de las paredes; las alas que zumban y chocan contra la ventana; sobre las cajas de cartón polvorientas se escucha el tamborileo de las patas espinosas. Sobre mi cara rozan un par de antenas. Trato de dormir.





Someone
Juan Diego Gómez López
Ilustración digital.

Herencia

Carlos G. Castro Pinto (Lima, 1988)

Tres librerías visitadas, otras cuatro contactadas telefónicamente: *El beso de la mujer araña* no está disponible en ningún lado. Penguin, la trasnacional cesionaria de los derechos de Puig, no trae nuevos ejemplares de la novela desde que iniciara la pandemia. Necesita leerla con urgencia para la maestría, pero no quiere echar mano del PDF lleno de erratas que uno de sus compañeros facilitó, vía WhatsApp, al grupo de estudio.

Días después, en la pequeña pero surtida biblioteca de su padre, a quien visita en su cumpleaños, encuentra una edición de Espasa. Nunca leyó la obra, está seguro, pero esa cubierta le resulta muy familiar. Festeja el oportuno hallazgo. Lo lleva consigo a casa.

A las pocas noches, un recuerdo de la niñez lo acomete entre sueños: tocan el timbre en casa de su abuela, con quien por entonces vive. Suspendiendo el juego, atiende el llamado y un motorizado con gorra de *El Comercio*¹ le entrega un ligero paquete para la señora Consuelo Rodríguez. Minutos después, en el segundo piso del inmueble, la susodicha rasga cuidadosamente el envoltorio, la portada de un libro asoma.

—¿Y este de qué trata, abue? —pregunta, atraído por su inquietante título.

—Ya tendrás edad para leerlo, querido —responde la anciana sonriendo.

Despierta exaltado. Se incorpora. Envuelto en la penumbra, estira un brazo hacia la mesa de noche y ase el libro que viene leyendo. Comienza a hojearlo con celeridad, prende la lámpara para ver mejor. En la penúltima de sus páginas halla escrita una promesa que tiene voz: «¿Viste, Carlitos, que llegaría el día?».

¹ Diario decano de la prensa peruana.



De la serie Tramas
María Susana López
Técnica mixta
Argentina, 2020.

La escotilla

Carlos Manuel Cruz Meza

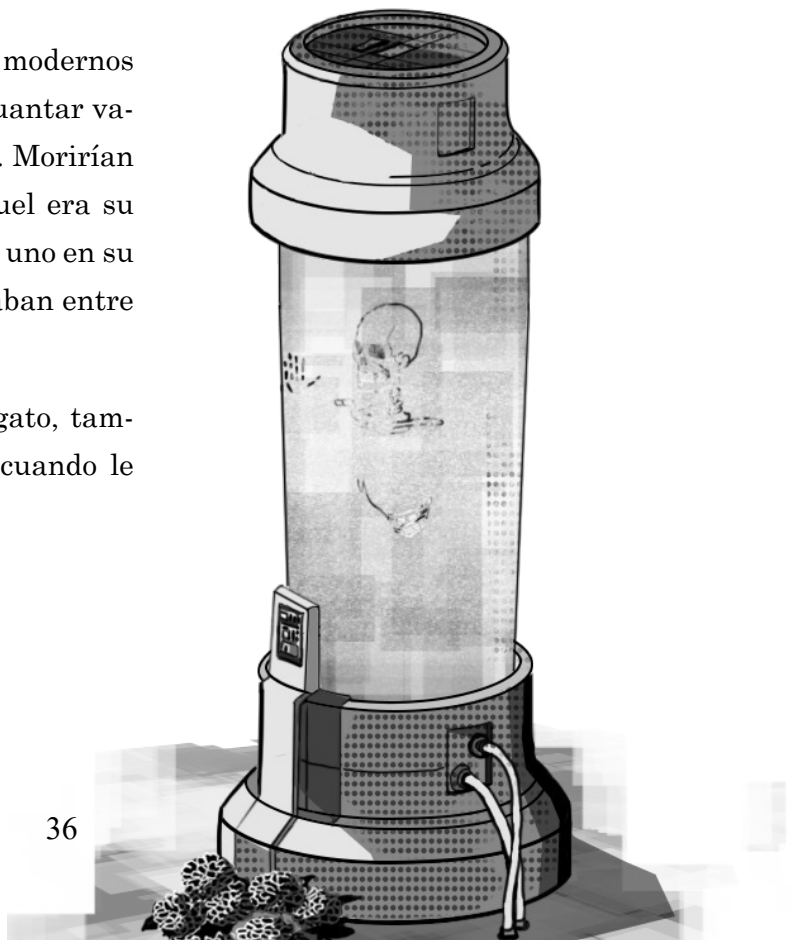
Cuando el niño despertó, durante un instante se sintió desorientado. Tardó varios segundos en recordar dónde estaba. Se encontraba aún encerrado en un contenedor individual de la cámara criogénica colectiva, que estaba dispuesto verticalmente, lo que permitía distinguir todo a su alrededor. En este, viajaban él y su familia hacia Tierra Dos, la nueva colonia extraterrestre; sin embargo, algo extraño ocurría.

Pronto se dio cuenta del problema. Por algún motivo, la escotilla de la pequeña nave estaba abierta. Afuera, el espacio se veía oscuro, infinito y aterrador. Los contenedores de sus padres parecían intactos; se dio cuenta de que habían despertado también y lo miraban aterrizados. Sabía por qué: si alguien no cerraba la abertura, en cualquier momento la nave dejaría de funcionar y todos morirían.

Pero era imposible salir de los contenedores, pues se abrían por fuera mediante una sofisticada programación que se activaba al llegar a su destino. Estaban encerrados; y si habían despertado era por un mal funcionamiento causado por la apertura de la compuerta. Además, si alguno de ellos lograba salir, antes de poder siquiera cerrar la portezuela, moriría de inmediato por la falta de oxígeno, el frío extremo y las condiciones del espacio. Sin contar con que no sabían cómo reparar la nave, ni volver a activar el suministro de aire o el mecanismo de criogenia.

Nada se podía hacer. Dentro de sus modernos ataúdes tenían suficiente oxígeno para aguantar varios días, pero no había agua ni alimentos. Morirían de hambre y sed, era algo inevitable. Aquel era su destino. Sus padres estaban llorando, cada uno en su contenedor, mientras lo miraban y se miraban entre sí.

En una cámara más pequeña, su gato, también despierto, se acicalaba y de vez en cuando le dedicaba una mirada indiferente.





De la serie Tramas
Maria Susana López
Técnica mixta
Argentina, 2020.

El Día de los Inocentes

Salvador Giraldo

La embestia a golpes una y otra y otra vez, a pesar de que ya estaba muerta. Quería ablandarla, que sus músculos perdiesen toda firmeza, hasta hacer de ella un coágulo de sangre que sería colgado en el metal frío de cualquier gancho de carnicería. Según él, se lo había buscado. Ella odiaba la cobardía de un hombre incapaz de defenderse. Entre insultos lo había acorralado a tal extremo que apenas Toro, como lo llamaban en el barrio, tuvo la certeza de que su irremediable cobardía era un recuerdo distante que ya no se abrazaba en forma de yugo a su cuello, se abalanzó sobre ella con su fuerza de bestia para erradicarla de la faz de la tierra.

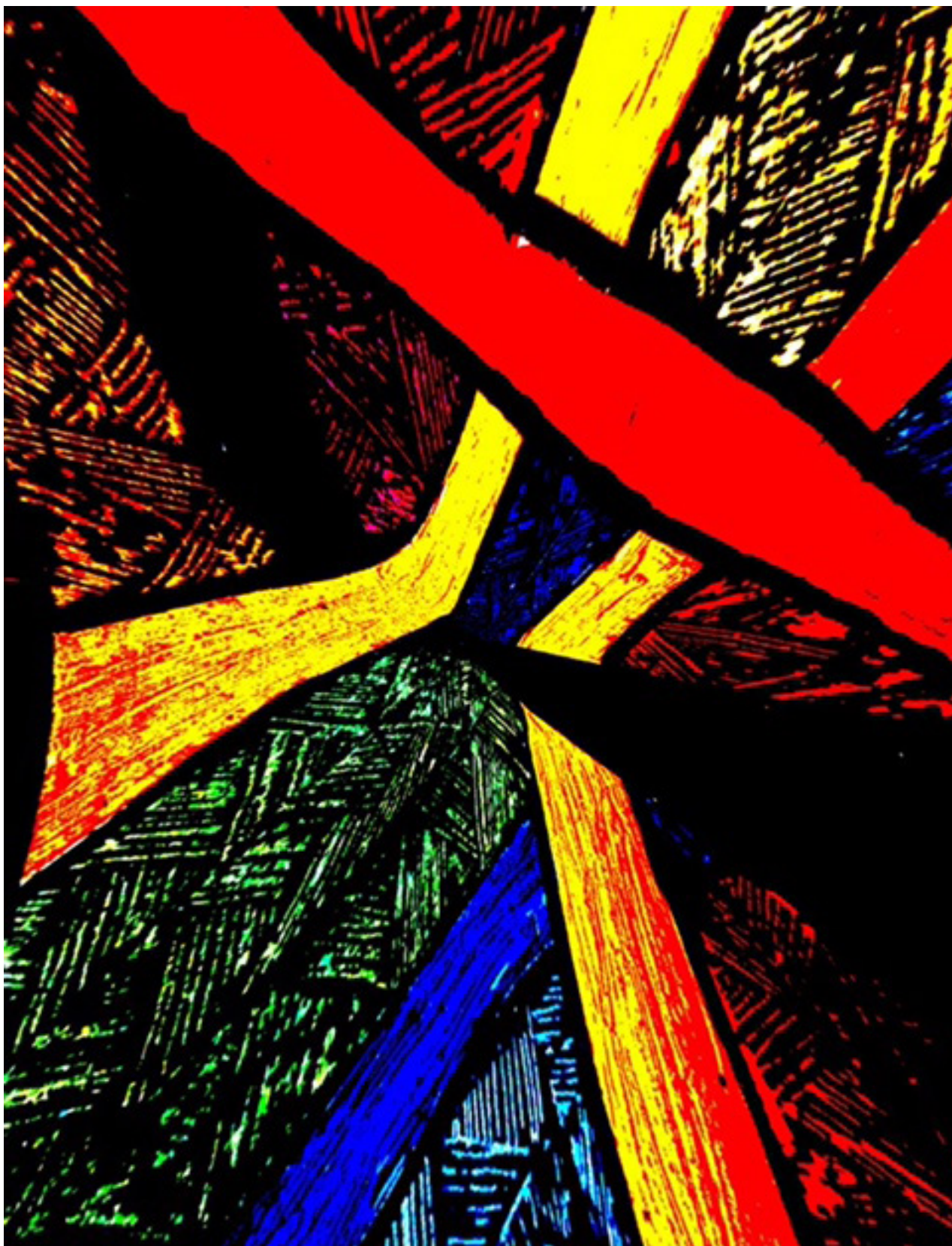
Él siempre soñó con esa escena miles de noches, y miles de mañanas despertaba golpeando el aire frío, en tanto que la figura de su víctima, suegra y patrona, se desvanecía ante sus ojos para recordarle su insalvable cobardía. La odiaba profundamente; ella, mujer de baja estatura, encorvada por el tiempo inclemente sobre sus huesudos hombros, lo había domado a él, titán de épocas mitológicas cuando los dioses vagaban libres por la tierra de los hombres, con burlas que se le clavaron en su epidermis hasta hacer, de su nervadura hercúlea, un guiñapo. La bestia esquiva y soberbia que alguna vez fue pasó a ser un tímido ternero del tamaño de un toro. Pronto sus vecinos y compañeros de trabajo comenzaron a participar en las burlas de su enemiga, y poco a poco no fue más que un bobo grande, sin más aspiraciones en la vida que ver pasar los minutos, mientras que en la carnicería donde trabajaba se desquitaba con las reses muertas, para liberar los embates de la marejada tormentosa de su frustración.

Así se le iban los días, los meses, los años, en una vida que sentía ajena, distante y arrobada en los automatismos de la cotidianidad sin sobresaltos; no obstante, el hombre debe aprender a ser respetuoso con la bestia, y un veintiocho de diciembre, Día de los Inocentes, Toro se despertó en su ruedo rutinario con la extraña sensación de que su vida hasta ese entonces había sido una mentira, y así lo fue. Su suegra, más afable de lo común, le preparó el desayuno por primera vez; toda esa mañana lo trataría como al verdadero hombre de la casa, aunque siempre lo había juzgado de mantenido. Una tarde remota él fue un huésped suyo, de tan solo tres días en apariencia, que sin permiso extendió su estancia de forma indefinida la noche en que su hija, abrasada por el calor de la juventud, se enredó en sus sábanas, ansiosa de domar al pobre ternero que para ese momento no conocía más tetas que las de su propia mamá. Por su parte, Toro se dejó atender, y de vez en cuando olía su desayuno con el fin de corroborar que no es-

tuviese envenenado. Su suegra nada bueno se traía entre manos, pensaba. De repente, «es hora de que el hombre de la casa se haga cargo del negocio familiar», le dijo ella con una sonrisa sincera, que él sintió igual que el brillo de un puñal a la vez que recibía las llaves, metal incandescente para sus manos desconfiadas.

En la calle, la extrañeza no se desvaneció. Los vecinos lo trataron con más respeto que el profesado por aquella mujer. Le pedían consejos; parecía un patriarca que le había arrebatado la batuta tutelar del barrio a las manos arrugadas de su enemiga, la gran matriarca. En la carnicería, la escena se repetiría, sus compañeros alabaron cada uno de sus cortes a las reses y su torpe manera de hacer sumas y restas para las devueltas. Pronto el negocio se llenó de espectadores que, atentos, festejaron sus habilidades de carnicero; eran la hinchada de un equipo de fútbol que coreaba su nombre. Nada bueno se trae entre manos esta gente, pensó Toro. Sin embargo, sus pensamientos solo eran palabras duras de un corazón débil. Los halagos y el cariño derrotaron su carácter impertérrito. Olvidó los agravios pasados y se entregó, en cuerpo y alma, a representar a su nuevo personaje. Era un titán con la delicadeza de da Vinci, claro está, si hubiese sido carnicero. Cortes exquisitos por aquí, cortes exquisitos por allá, admiración, vellos erizados, corazón desenfrenado y aplausos, muchos aplausos enhebraron en su espíritu la felicidad que él, un ser de épocas divinas, merecía. De inmediato se imaginó sus días desde ahora en adelante: el orgullo de su mujer, la calidad de su vida y de su barrio mejorando por sus oportunas obras. Cambiaría los acueductos, traería días más soleados, menos de lluvia, y de repente algo lo despertó de su profunda ensoñación. Su suegra entró a la carnicería con un pastel, cuyas velas formaban el número veintiocho, a la vez que los espectadores, que ya eran tantos que no cabían en el negocio, se carcajeaban y aplaudían con mayor regocijo.

¡Tucún, tucún, tucún!, resonó su corazón, que lo sentía en la boca. Náuseas, furia, tristeza, impotencia y soledad, frustrante soledad, descosieron su cuerpo de guiñapo. Ahora lo entendía todo con la terrible lucidez de los profetas: era veintiocho de diciembre, Día de los Inocentes. Todos, hasta los niños, estaban en la carnicería para burlarse de él. Una lágrima, que le supo a sal, rodó por su mejilla hasta sus labios. Miró a los espectadores, enterró su cobardía en lo más profundo de su tuétano y se abalanzó en contra de su suegra que no alcanzó a proferir palabra alguna, mientras la embestía con su fuerza de bestia a la par que gritaba: ¡feliz Día de los Inocentes! Aterrados, los espectadores se quedaron inmóviles y en silencio; entretanto, quienes no veían la escena porque estaban afuera de la carnicería, le cantaban a Toro, pletóricos, su feliz cumpleaños número veintiocho como lo había planeado su enemiga, arrepentida por tantos años de inescrupulosa injuria.



De la serie Tramas
Maria Susana López
Técnica mixta
Argentina, 2020.

El último hombre en la Tierra

Maydy Nayibi Galvis

Caminó. Durante mucho tiempo sólo se dedicó a caminar por ese desierto infinito e indiferente. Lo poco que recordaba era el simple acto de caminar. Sus pies mancillados y despellejados por el inclemente suelo que, eternamente calentado por el sol, se había convertido en arena se movían a un compás lento y tortuoso. Su piel le recordó lo que era el dolor, su boca lo que era tener sed y su vientre lo que era tener hambre. No moriría, no le era permitido morir. Empujado por una tarea milenaria, caminó.

Sus recuerdos huracanados iban y venían en torrentes caóticos de los que no lograba agarrar ni el más mínimo sentido. Tenía imágenes de campos verdes aferradas al corazón, edificios que le hacían cosquillas a las nubes, cielos de todos los colores posibles, bosques tan profundos como misteriosos, ciudades que se extendían hasta la frontera de la vista, extensiones de agua que ofrecían vida allí donde corriesen e infinitudes de sonidos provenientes de las más fantásticas criaturas. Todo aquello estaba en su interior, pero en el mundo que recorría no existía nada de eso, solo la arena, el calor y su necesidad de avanzar. ¿Alguna vez existieron los campos verdes y las aguas profundas? ¿El mundo alguna vez fue exuberante y lleno de vida? Posiblemente sí. ¿En algún momento de la historia había vivido algo diferente a ese insaciable impulso de caminar hacia el frente? Posiblemente no.

Sentía que existía desde siempre mas nunca vivió a plenitud, nunca satisfecho y jamás completo. Ahora seguía ahí, en un mundo vacío en el que cada paso parecía despreciado y no requerido. Intentó poner en orden su memoria, pero las voces... todas gritaban, todas al tiempo en lenguas muertas que ya nada se atrevían a pronunciar, en sistemas que ya no tenían sentido, si es que alguna vez lo tuvieron. El ruido llegaba a niveles tan altos que lo mejor era ignorarlo, ignorar las voces que le pedían detenerse y también las que se lamentaban. Ignorar todo y continuar.

¿Qué era?, ¿de dónde era?, ¿hacia dónde iba?, ¿qué deseaba?, ¿para qué existía? Eso no lo sabía, ni siquiera le importaba. Ya esas respuestas tan buscadas no tenían ningún sentido, todo se perdió en algún momento bajo el peso del implacable astro rey. Ni a la arena ni al cielo infinitamente despejado les interesaba su pequeña existencia. Minúsculo y reseco como estaba, él también perdió el interés en sí mismo, posiblemente por primera vez desde su nacimiento.

El paisaje pocas veces cambiaba. Cuando lo hacía, él sabía que se encontraba frente a un vacío, algo faltaba delante de él, y esa ausencia parecía incriminarlo cau-

sándole un profundo dolor que nunca era suficiente. Como si el ardor sin llamas no bastara para castigar su cuerpo maltrecho y siempre en movimiento. En una ocasión se encontró al borde de un acantilado, en el fondo de éste sólo había más arena. Pero el horizonte... Mirar hacia la distancia trajo desde su interior una imagen compartida por cientos de aquellas voces que se negaban a guardar silencio; en aquella ocasión, de manera milagrosa, todas se redujeron hasta ser un susurro de alguna manera entendible. Unidas ante el recuerdo y la nostalgia, le permitieron recordar brevemente.

Sin previo aviso tuvo frente a sus marchitos ojos una extensión azul de infinita profundidad en perpetuo movimiento, modificada por el viento y la luna. Acompañando esta imagen también ascendieron diferentes emociones largamente olvidadas: la angustia de alguien que espera a su ser amado, la emoción de quien inicia un viaje a un posible fin del mundo, el miedo que se arraiga en los corazones de aquellos que comprenden lo pequeños que son, la felicidad que se siente al ver algo hermoso. La ilusión solo duró unos instantes y desapareció abruptamente, escondiéndose en aquel lugar muy en el fondo de su cuerpo, llevándose consigo la frescura junto a la calma que esos preciados segundos le habían ofrecido. Se quedó a solas con ese paraje eterno de arena y polvo. La impresión de aquella imagen lo obligó a retirarse, al borde del llanto, de ese lugar. Tuvo infinidad de espejismos como ése a lo largo de su viaje, todos aparecían y se iban con la rapidez de un parpadeo, azotándolo brutalmente con una nostalgia impersonal; pero profundamente arraigada.

El tiempo perdió todo sentido y lógica: las horas transfiguradas en semanas y los meses en segundos apuñalaron su ser, su cuerpo se deterioró rápidamente hasta convertirse en una fina sombra moviéndose en medio de las dunas de arena; nada quedaba ya de la forma humana que debía poseer. El sol se encargó de secar hasta lo más profundo, ahí donde todo se acumuló e intentó desesperadamente seguir existiendo porque la naturaleza de la humanidad así lo dicta. Seguir viviendo a costa de lo que sea es lo que alguna vez estuvo firmemente forjado en el alma humana, al menos hasta ese día.

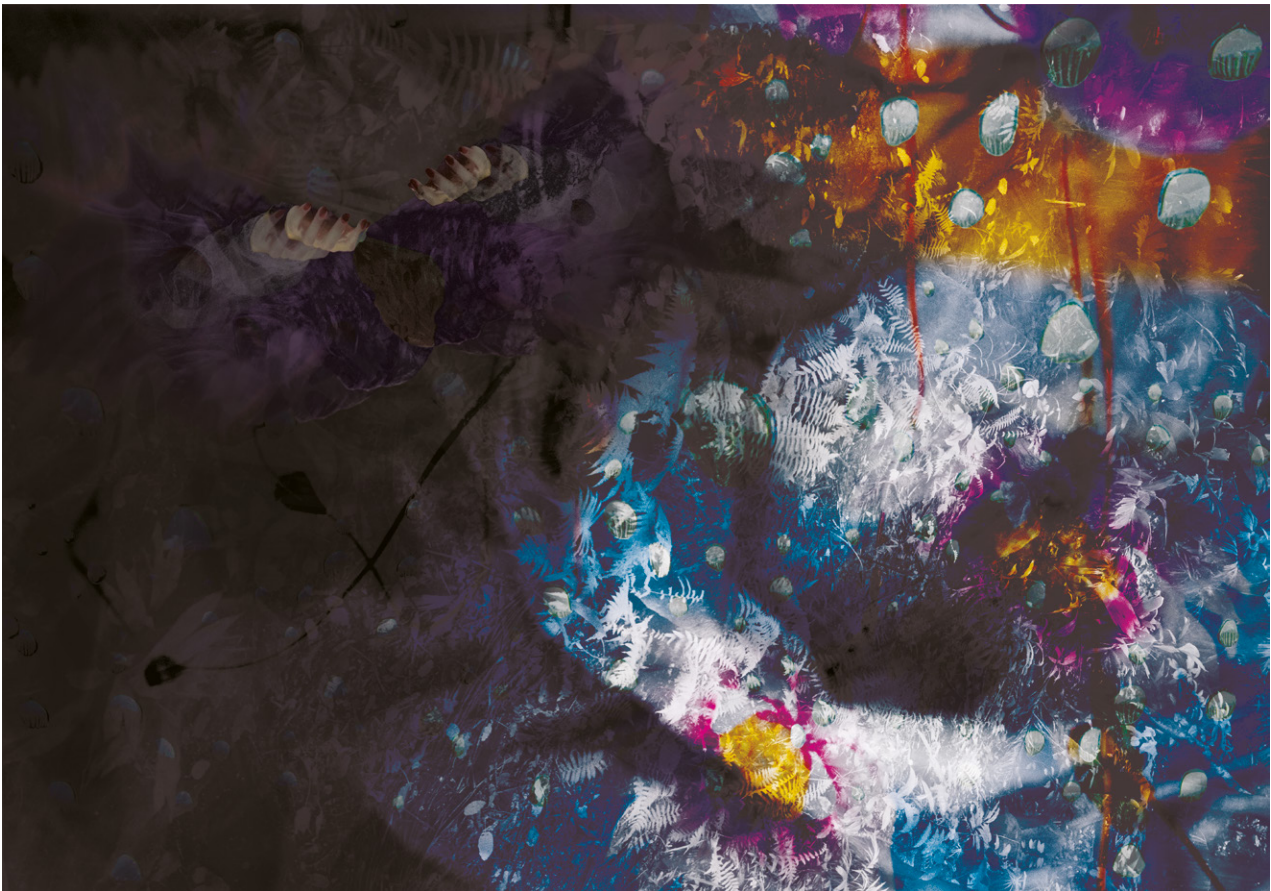
Las pocas voces que todavía le acompañaban, posiblemente las más fuertes o las más testarudas, sintieron la cercanía a la extinción y lloraron. Lo hicieron de tal manera que el cuerpo físico trató de hacerlo junto a ellas. Si tan sólo en ese caparazón hubiera quedado algo de humedad habrían caído lágrimas pesadas de sus ojos, esas lágrimas habrían mojado la caliente arena y el mundo hubiera tenido una última muestra de lo que era la tristeza transformada en materia.

No ocurrió nada. En tal deplorable estado estaba ese cuerpo que sus últimos momentos estuvieron carentes de todo movimiento. Sus ojos reseco y adoloridos no podían hacer más que enfocarse en esa extraña figura que apareció sin avisar. Esta emer-

gió de la arena buscando los reconfortantes rayos del sol mientras se alimentaba de la fresca fuente de vida escondida bajo la arena. Esa vitalidad aguardaba por el momento justo, manteniéndose fuera de su alcance a manera de castigo, pero siempre presente y perpetua. El cuerpo y sus últimas voces, que iban guardando silencio por el resto de la eternidad, se estremecieron ante lo que sería su último contacto con la vida: una flor.

Una flor muy pequeña, de pétalos tan blancos como la nieve que alguna vez cubrió las montañas y con el tallo tan verde como los bosques llenos de prosperidad y riqueza. El viento renovado y fragante empujó la delicada flor hasta el rostro del cuerpo, sus pétalos tocaron lo que en otro momento fueron los labios y ese fue el final. Las voces se acallaron en su totalidad y el cuerpo se quedó finalmente vacío, sin propósito alguno. La vida le dio un último beso de definitiva despedida a la humanidad y le permitió volver al polvo de donde había salido, que ahora lo reclamaba de nuevo para reunirse con el todo eterno.





Promesas de la noche

Luisa Blu

Fotomontaje digital

2021.

Sobre el daño que hace la literatura

Juan Diego Buitrago Ortiz

Monólogo en un acto

Algunos amigos míos se han tomado el atrevimiento de invitarme a este espacio para hablar de mis habilidades como pedagogo. Infortunadamente no tengo ninguna más allá del tedio que representa fingir una cara amable durante varias horas. Pasé días enteros preocupado por el tema que nos convocaría. Entre papeles arrugados y letras borradas intenté crear un nombre que fuese atractivo, una especie de marketing de la pedagogía. Así, entre estos títulos dulzones, me di cuenta de que todos parecían un mal libro de *coaching* y, créanme, no tengo el carisma para enseñarles las «diez estrategias para ser el mejor profesor». No encontraba nada que me apasionara hasta el punto de querer gritar «gol», pues solamente pasaban por mi cabeza esos videos de televentas que intentan transmitir una felicidad con sus productos y que lo único que demuestran es que la felicidad es un estado ridículo y empalagoso.

No obstante, al final decidí aventurarme a hablar de literatura porque es lo que trato de enseñar en mis clases, pero todo se fue al traste cuando comencé a preguntarme «¿qué es literatura?». Ya sé que ustedes, público morbosos, aguardan por el momento de lanzar esas preguntas asesinas y hacernos ver a nosotros como estúpidos, mientras se pavonean en sus asientos, sintiendo que el ego les ha crecido otros veinte centímetros; o mientras aparece otro pregonero con sus palabras inaccesibles y su lenguaje enarbolado como si estuviera en la Antigua Roma en un debate con Cicerón. Ambos públicos me parecen igual de molestos: el que finge su inocencia y el que manifiesta su soberbia. Al pensar en todos esos mundos posibles, en la distopía del auditorio, mi cabeza dio tantas vueltas que temía equivocarme. Al final decidí hablarles sobre el daño que hace la literatura, específicamente sobre el daño que hace enseñarla, pues de todos los espíritus que salieron de la caja de Pandora, la literatura es el más vil.

Mis amigos siempre me han considerado un excelente pedagogo —creo que esto ya lo dije—, ya que tengo más preguntas que respuestas. Mis salones de clase son territorios de batalla donde debo enfrentarme no solo al malhumor que me caracteriza, sino también al de mis estudiantes, quienes en últimas aceptaron con gusto el mal que les hago. Entonces se preguntarán qué es lo que enseño cuando dicto mis clases de

literatura. Mi respuesta será una revelación para los románticos y un escándalo para los científicos literarios —«científicos literarios» ja, ja, ja. Se imaginan uno presentarse y decir: «Mucho gusto, soy un científico literario y he descubierto que el realismo tiene una influencia marcada del socialismo dieciochesco». ¡Increíble, doctor!, ¡usted ha salvado el mundo! (aquí deben aplaudir ustedes)—. En fin... cuando enseñé literatura enseñé un daño, un placer culposo, un vicio. Cuando enseñé literatura trato de contagiar a mis estudiantes de esos malos hábitos en torno al campo semántico de la «creación»: la estimulación de la creatividad, la confección de mundos paralelos, la conversión en creador, la construcción, la estructuración, la creación, la creación...

Llegar a una clase de literatura implica un proceso constante de memoria y olvido. Memoria para soltar el chorro de referencias —otra de las maneras de potenciar el «yo»— y olvido para dejar a un lado esos prejuicios negativos que en lugar de aclarar la vista, la nublan de una soberbia creada desde una superioridad vacua. Esta se convierte en una lucha incesante donde, por un lado, está lo que adoro leer, el daño que me gusta recibir, lo que considero «mejor» en términos de estilo —o de enredo—; por el otro, está lo que ese niño quiere leer, lo que mueve sus fibras, lo que se le hace más sencillo, lo que puede entender. En esa lucha me hago al margen: dejo que gane la batalla el otro, pues, en últimas, si quiero enviciar a alguien, no puedo hacerlo con mis extravagancias. Pensemos en algo tan banal como beber alcohol con los amigos: en ese grupo siempre estará el abstemio, pero como yo soy el borracho que quiere sumergir a todos en su miseria, insisto con un trago del ginebra más amargo, pero no obtengo resultados. Entonces preparo un coctel empalagoso, con fresas y esas cosas que le gustan a la gente que no sabe beber, y el abstemio lo bebe. Se embriaga; objetivo cumplido: ahora somos dos borrachos. La enseñanza de la literatura es una fiesta que busca emborrachar al más juicioso del grupo. Por algún lado tiene que caer, aunque deba tomar un mal trago.

Entonces, yo no enseñé literatura porque no soy ni Cervantes, ni Dios, ni mucho menos Borges; soy un borracho, un vicioso, un adicto a las drogas: soy un pedagogo, que es lo mismo. Nosotros los pedagogos no podemos hablar más de lo que nos embriaga —pues nos hace alucinar, nos acelera el pulso—, de eso que nos invita a ser lo que nuestra vida no nos permite. Perdónenme el desvarío, pero si me sostuviera incólume como esos ancianos que dictan conferencias, estoy seguro de que ya medio auditorio se habría ido. Así trato de enseñarles a mis estudiantes: desde lo visceral, desde el sentimiento. ¿Qué tiene de diferente el *Mío Cid* a un videojuego ambientado en el Medioevo? ¿Acaso *Hamlet* no es una telenovela que gira alrededor de la venganza? Con esto entro en otro terreno fangoso y difícil de caminar: la experiencia del individuo. Díganme si *Orgullo y Prejuicio* no logra que las jovencitas más tiernas, esas que llevan flores al profesor, suspiren de emoción; o que el chico más guapo de la clase lea *El retrato de*

Dorian Gray para que aprenda sobre lo efímero de la belleza; o qué pasaría si el muchacho más rudo leyese estas novelas juveniles tan ricas en retratar la mocedad... La literatura incluye a todos, como cualquier vicio. En cambio, son esos puristas de boina, camisa a cuadros y pipa en mano (no me perdonen por el estereotipo) los encargados de seleccionar a los dignos de la «Alta Literatura», esa que solo los paladares más finos son capaces de consumir, aunque luego de caer en el estómago genere indigestión.

Ahora bien, ya he repetido de manera incansable que enseñar literatura es enseñar un vicio: el encanto por el arte. Quien se dedica a ser un *dealer* del conocimiento literario —del arte, en general— tiene más problemas que cualquier otro, pues no existe una fórmula ni una única respuesta, solo existen individuos que leen y que sienten: homogeneizar el sentimiento es igual de necesario a contar los granos de arena de la playa. De tal manera, un estudioso de la literatura, con un corazón encuadrado en las páginas de los libros de historia, requerirá periodizar lo que no tiene un periodo. Cortará las obras literarias con el molde que él mismo ha preparado con anterioridad: si es una obra donde predomina el realismo, pero fue escrita a principios del siglo XIX, intentará encontrarle el clic romántico para engancharlo a esa categoría; si la poesía es inclasificable, recurrirá desesperadamente al término posmoderno, donde van a parar todas esas obras que superaron la cuadrícula de los teóricos. Y qué problema cuando hablamos de la dramaturgia, ya que en la novela y en la poesía los más ambiciosos se atreven a etiquetar, pero en este género tan olvidado, basta con decir «eso es una obra de teatro».

Entonces, mis compañeros de literatura enseñan un canon, un conjunto de ladrillos que edifican ese castillo llamado «Alta Cultura». Todo lo demás sirve de elemento decorativo: en el mejor de los casos, como una lámpara o un bodegón que todos ven, aunque nadie les preste especial atención. Hasta este punto, ustedes, mis queridos espectadores, podrán pensar que soy el peor profesor del mundo; y tienen toda la razón. Las percepciones que otros tengan de mí no son mi responsabilidad, yo solo trato de volver a esos jóvenes unas personas oscuras, malvadas: las que crean, las que piensan, las que leen.

Quiero contarles una anécdota con una estudiante a la que llamaré Gabriela por respeto a su imagen. Gabriela siempre llegaba al salón a decirme que no había podido leer el cuento porque no se concentraba, que empezaba y las letras saltaban entre las páginas, su mente nunca estaba quieta al momento de leer. Tuve que sentarme un rato a analizar a Gabriela, pero no encontraba algo que me diera pistas de su vida, más allá de un llavero con un símbolo que no alcanzaba a identificar. Me volví un espía... Traté de dibujar ese llavero en mis cuadernos y comencé a preguntar por él como si se tratase de un delincuente del que solo queda la pista de reconocimiento facial. Le pregunté a mis compañeros y no tenían idea. Envié la imagen al grupo de la universidad y no

recibí respuestas satisfactorias. La revelación la tuve frente a mis ojos todo el tiempo: los compañeros de Gabriela. No sé nosotros como «intelectuales» por qué pretendemos encontrar respuestas puntuales en las personas iguales a nosotros: todo lo enredamos, no conocemos el mundo, vivimos anclados al pasado... Somos un grupo de *romancólicos*. Bueno... Un amigo de Gabriela me dijo efusivamente: «Profe, es muy obvio, es el sinsajo de los *Juegos del hambre*». Confieso que no sabía de qué hablaba.

En la noche, prendí el computador y me dispuse a hacer una investigación meticolosa, pensando que era algo poco común. Inmediatamente después de que puse «los juegos...» el buscador completó el texto. Encontré la película y vi que se trataba de un libro también, así que busqué desesperadamente el texto, lo leí esa misma noche y al día siguiente le propuse a Gabriela que lo leyera. ¡No se imaginan el análisis que logró hacer esa niña! Me habló de autoritarismos, de sistemas de poder, del ser en situación de supervivencia, de la división por castas... Yo estaba increíblemente asombrado al descubrir que Gabriela, la estudiante que no leía ni un cuento de Cortázar, devoraba estas novelas desesperadamente y, además, hablaba de ellas como una experta. ¡Le di el trago que ella quería! ¡Ahora es igual de borracha que yo!

Esta historia tan esperanzadora parece desconectada de todo el escepticismo que manifesté en esta intervención, pero solo afirma mi postura: ¡cada quien se hace el daño que desea recibir! Gabriela quería dañarse la vida con las novelas juveniles, medio distópicas, y comenzar a crear a partir de ellas: ese es su daño. Pablo, otro alumno, se daña su vida con las lecturas de *El Quijote* y *Ana Karenina*. María con Jane Austen, mientras Andrés con Lovecraft... Sus experiencias los llevaron a decidir que ese era el vicio al que se querían someter y, a pesar de la distancia en términos de estilo, temas, momentos históricos, a todos nos cobija la misma borrachera: ¡todos somos parte de la misma fiesta! Por tanto, enseñar literatura es enseñar emociones, enseñar historias, enseñar prácticas de conversación, enseñar vicios, creación. Es enseñar a ver el mundo... La enseñanza de la literatura no es más que una rumba en los lugares más inesperados, que reúne a todos, aunque muchos insistan en que es un coctel a puerta cerrada en el mejor club de la ciudad. ¡Patrañas y más patrañas!

No quisiera despedirme sin antes agradecerles por su silencio y sus risas. No abriré espacio para preguntar porque entre treinta espectadores siempre hay dos buitres esperando comerse al conferencista. Tampoco responderé preguntas afuera ni recibiré halagos. Solo espero que cuando salgamos de ese lugar estemos en la parte de adelante de este auditorio, nos emborrachemos y hablemos de cualquier cosa, menos de literatura. Muchas gracias a todos.



Monstruosidades y naturaleza viva
Manuel Felipe Álvarez Galeano.

Rosa flamingo

Karla Hernández Jiménez

¿Hasta cuándo piensas tenerme atrapada aquí, Armando?

Llevas más de quince años reteniendo mi presencia, ¿por qué no te atreves a dejarme salir? Recuerdo que, cuando solamente eras un niño, no te daba pena exponerme delante de todos, creo que incluso te sentías orgulloso de mí.

¿Hasta cuándo piensas fingir que no existo?

Aunque me ignores completamente y me hayas desterrado al recoveco más mugriento y alejado de tu memoria, no me daré por vencida.

Me niego a permanecer por más tiempo en esta prisión a la que me has condenado sin ningún motivo válido. Únicamente actuaste impulsado por la vergüenza y por aquello que la sociedad impone como un modelo de vida ejemplar.

Por más que quieras fingir que jamás he existido, sigo aquí, agazapada en lo más profundo de tu interior. Continúo esperando pacientemente mi oportunidad para demostrarle a todas las personas que te rodean que debajo de tu fría apariencia de hombre de negocios yace una mujer impresionante, una que haría a todos voltearse para observarla con unos auténticos ojos de deseo.

Sé que me escuchas por las noches cuando salgo a atormentarte, cuando te susurro al oído lo bellas que nos veríamos con la nueva peluca de luces violetas que acabas de comprar a escondidas en la miscelánea, que estaríamos guapísimas con un llamativo labial rosa, cantando como locas alguna canción de moda en el bar de siempre, esperando ser abordadas por algún hombre alto de grandes manos que nos sacuda por completo en algún rincón oscuro.

Aunque ahora sientas que la sociedad te condenaría por tus impulsos, no es justo que yo pague el precio para que sigas manteniendo tus actividades en el anonimato. Después de todo, también soy parte de tu personalidad y tengo derecho a que el mundo me conozca.

Entre más pronto lo aceptes, estoy segura de que las cosas irán mejor para nosotros y dormirás más tranquilo por las noches, sabiendo que has reconocido por fin tu verdadera naturaleza. En serio, deberías intentarlo para que podamos ser todas unas auténticas divas, como siempre nos hemos merecido ser.

No me niegues más, Armando Cisneros.

Besos tronados.

Atentamente, Yadira.



Liebre de mayo
Geovany Henao.

Los últimos cinco minutos

Carlos Arturo Narvárez Moreno

Cuentos de Pandemia

2021

—Señor don Diablo, vengo a presentarle a usted, excelentísimo, la catastrófica situación que estamos viviendo desde el inicio del año 2020. Represento al Sindicato de Servidores del Infierno, T-XXI, Segundo Patio, Anillo Intermedio. El constante flujo de almas en pena que nos han llegado al infierno es como una oleada eterna de un mar tormentoso en una noche sin fin. Estamos agotados. Situación parecida vivieron nuestros viejos en otras épocas, como cuando asoló la plaga de Justiniano en la Antigua Roma, la gripe rusa o el cólera en los albores del siglo XX. En todas esas epidemias estuvimos sobreexigidos, pero todas se limitaban a algunos territorios, o su reguero por los continentes era lento. Teníamos tiempo para prepararnos. Por el contrario, Gran Jefe Supremo, esta peste, sumada a la rapidez de aviones y trenes supersónicos, ha hecho que se esparza más rápido que una *fake news*. Se mueren por cientos de miles simultáneamente en todo el planeta. Estamos largamente superados.

Lucifer, con la espalda encorvada por el peso de los siglos y los siglos, se movió en su asiento, se irguió con dificultad, apretó su tridente, le salieron rayos apagados por los ojos y con una voz áspera que llenó el recinto, dijo:

—Si no están capacitados para el trabajo, se van.

El delegado retrocedió asustado, las piernas le temblaron. Trató de controlarse y respondió con voz entrecortada:

—Mi señor don Diablo, no pedimos nada, ni alimentación, ni salarios decentes. Para su tranquilidad, de beneficios previsionales: ni una palabra. Solo queremos poner en su conocimiento lo que se murmura en la oscuridad de los pasillos.

Don Diablo movía su cabeza lentamente en forma desprolija y cansina. Levantó su mano izquierda.

—Exponga su punto. No se exceda. A mí nadie me pasa gato por liebre. Recuerde que además de diablo, soy viejo.

—La temporada 2020 ha sido la mejor en mucho tiempo. Usted ilustrísimo, reina en el mundo a sus anchas. La oscuridad campea por doquier, las noticias falsas cun-

den a la velocidad de la luz, las redes del odio y sus trinos se multiplican por millones. Se inaugurará con bombos y platillos el Seminario Narciso Maligno II, al que asistirán sus estudiantes más destacados: Donald, Vladimir, Jair, Nicolás, Sebastián y Manuel Antonio. Mención aparte Alvarito, el Matarife de Colombia y su títere: Ivancito. ¡Qué excelentes videoconferencias! Por otro lado, los contratos para propagar las tinieblas son de primerísimo nivel. Abundan las noticias de masacres y violencia. El fascismo ha cobrado el vigor que no tenía en muchos años. No recordábamos algo tan bello desde los tiempos de Adolfo y Benito. Señor, ¡en su honor entonamoscoros y loas!

Don Diablo se levantó completamente y el piso que lo sostenía crujió. El delegado claramente se estaba excediendo.

—Al grano, me estoy aburriendo.

—Dignísimo, antes teníamos tiempo para revisar sus tutoriales día a día. Nos manteníamos muy activos en Twitter y todas las redes sociales de calumnias, mentiras y conspiraciones. No perdíamos los cursos de fraudes bancarios, engaños inmobiliarios, quemas de bosques nativos, tráfico de armas y de drogas. Ahora no nos queda ni un segundo, aunque hemos incorporado cientos de miles de ayudantes. La invasión de muertos a todas horas del día no nos da espacio. Nuestro patio, Anillo Intermedio, que siempre se mantenía con una ocupación del 35,4%, según el último reporte, está saturado. No cabe ni un alma. Hemos habilitado la tercera, cuarta y séptima zona desértica; y aunque son áridas e inhóspitas, ya no asustan ni a los niños. Algunos se rien de nosotros y en tono sarcástico se ha escuchado: «¿Y esto era el famoso infierno?». Estamos perdiendo seriedad, mi señor.

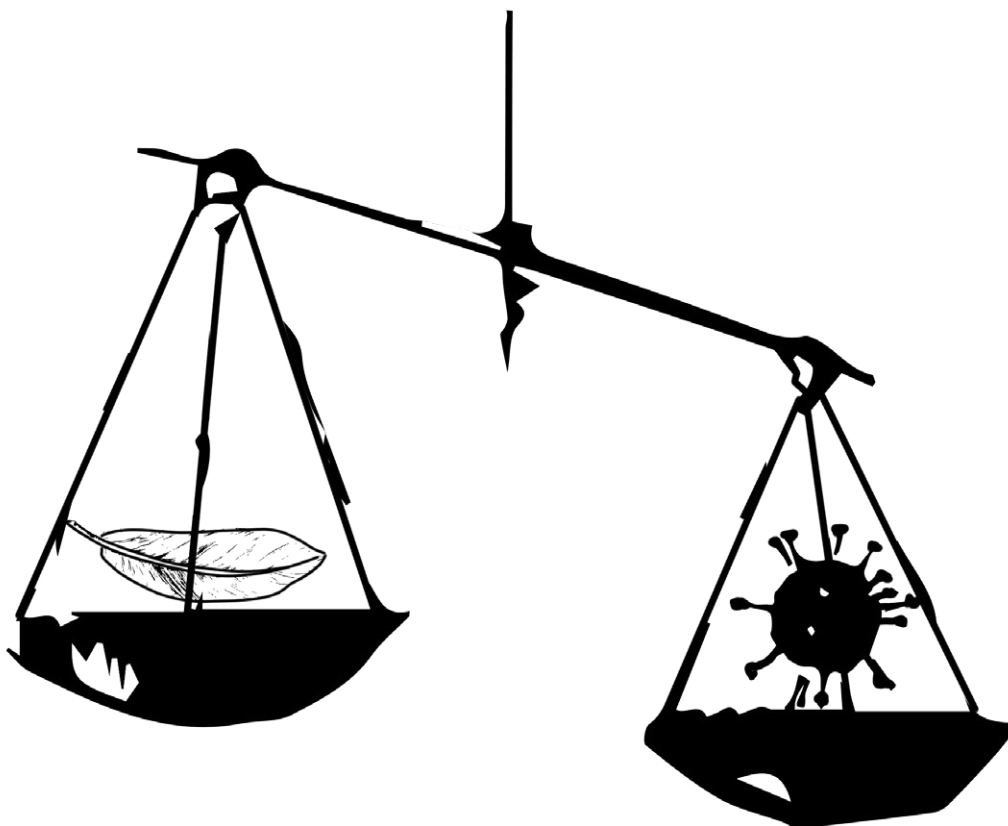
—¿Y qué se sabe del cielo?, ¿qué ha hecho Pedro? —retrucó don Diablo.

—Enviamos espías. Si bien es cierto que también están con un aumento de postulantes para entrar, allá arriba se encuentran mucho más relajados que nosotros. Lo más indignante, según nuestros observadores, es ver a esos querubines, como les llaman, con sus caras rosadas, mofletudas y sus bolas al aire, danzar sonrientes de aquí para allá, mientras escogen quién entra y quién es despachado hacia nuestros patios. Sin exagerar, la proporción es 1 por 10.000. Según los últimos reportes casi nadie entra al cielo. Antes las reglas eran claras: si algún mortal se arrepentía en sus últimos cinco minutos de vida, ¡nunca después!, sus pecados le eran perdonados y se iba derecho al cielo. Si eso se respetara, otro gallo nos cantarían. En cambio, en estos tiempos se amparan en una milenaria cláusula y exigen que antes de morir, además del arrepentimiento, deben hacer por lo menos una buena obra, según se lee en Fojas 38, inciso 14, del Gran Libro del Inicio de los Tiempos. Pero a los enfermos de esta peste los acuestan boca abajo, les ponen tubos con oxígeno por la nariz. Les duele hasta respirar. Solo piensan en sobrevivir. Excepcionalmente podrían hacer algo bueno antes de estirar la

pata. Casi nadie alcanza el perdón eterno. Con el nulo tiempo que tenemos, insistimos, no hemos podido disfrutar con el dolor y la soledad de esos enfermos y sus familias. Tampoco hemos tenido tiempo para gozar viendo a los alcohólicos y drogadictos golpear a sus mujeres e hijos encerrados en mansiones y en tugurios, ni ver a las fuerzas de seguridad cegando multitudes. Menos aún, sentir la desesperación de los millones de nuevos pobres.

—Se acabó mi paciencia. —Por un rato largo, gobernó el silencio—. ¿Qué es lo que quieren?

—Señor don Satanás, usted debe renegociar con ese sinvergüenza del Pedro. Solo pedimos que se respete la norma de los cinco minutos. Si los mortales piden perdón en ese plazo, se les debe conceder la gracia eterna. Eso, mi grandísimo y excelentísimo señor, solo eso, sería un gran alivio.



A primera vista



Tumba



Señales

De la serie Vida súbita
Pedro Agudelo Rendón.

Cosas *inútiles* que sobreviven a mudanzas

Marina Bravo Clavero

Habré pasado cinco años en este lado de la frontera cuando me vaya. Todavía quedan unos meses, pero ya he comprado el billete —solo vuelta— y pronto empezarán los preparativos: la dimisión, el nuevo currículum en español, el cambio de divisas, las cancelaciones y las cajas.

Una no es consciente de todo lo que tiene hasta que se acerca una mudanza. Parece mentira la cantidad de cosas que se puede llegar a acumular en una habitación alquilada de un piso compartido, por muy pequeña que sea, por muy pocos muebles en los cuales guardarlas o sobre los cuales apoyarlas.

Las mudanzas, como los cuadernos, son una especie de espejo en el que puede llegar a resultar incómodo mirarse. Caja a caja deconstruimos nuestra vida, buscamos por la casa todo lo que somos fuera del cuerpo. Lo seleccionamos, lo clasificamos, lo envolvemos en papel burbuja y lo colocamos adentro con delicadeza. Me da dolor de cabeza solo de pensar en escoger qué merece y qué no vale la pena llevar conmigo de vuelta. ¿Cómo se supone que tomaré esas decisiones?

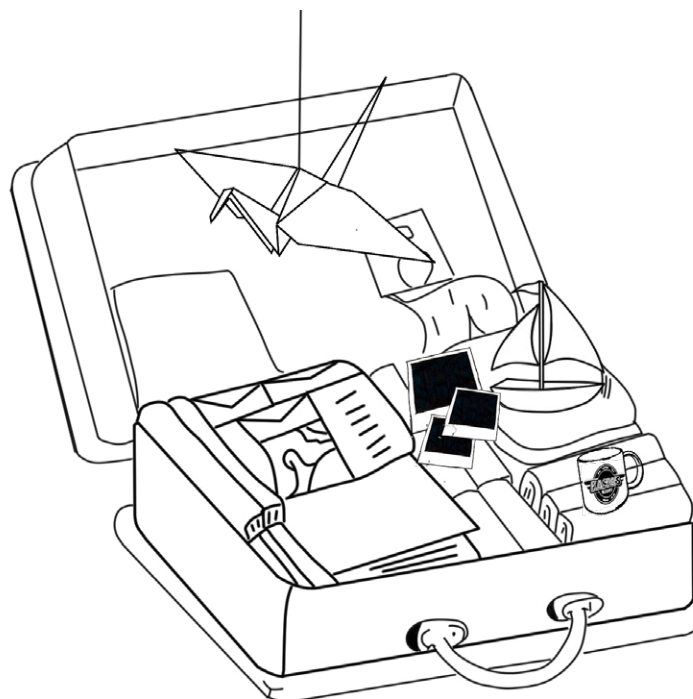
He visto un capítulo del programa de Marie Kondo y me he hecho a la idea de que gran parte de mi ropa y zapatos se quedará en este país. Lo que más me preocupa son los libros, los vinilos y todas las cosas *inútiles* que soy incapaz de tirar a la basura, como las grullas de papel de Elsa que cuelgan del techo.

Ya ha pasado una semana desde mi cumpleaños. Guardo las postales de felicitación dentro de mi clasificador, donde hay papeles de toda clase. Entre otros recuerdos, me encuentro un mapa de París y otro de Praga, un menú del pub donde sirven el mejor *Sunday Roast* de la ciudad, el dibujo del elefante que Judith se tatuó en la espalda y la nota donde se lee *t'estimem molt* que mamá coló dentro de la maleta antes de mi primer vuelo de solo ida. Todo eso volverá. Con las postales aún no sé qué criterio de selección seguir. De momento, las guardo todas.

Busco una vela nueva en una caja bajo la cama. Junto al paquete de velas de té con aroma a vainilla, encuentro la figurita de un barco en miniatura que mi abuelo hizo con la cáscara de una nuez. También una bolsa con conchas y piedras. Las recogimos en Galicia cuando Santiago me mostró su tierra. Quiero llevármelas, aunque dudo. Supongo que lo haré. De todas formas, tampoco sabría qué hacer con ellas si decidiera dejarlas atrás... ¿Arrojarlas al Mersey, tal vez?

El café está recién hecho. Abro el armario en busca de una taza. Hay un montón, casi no caben. Están amontonadas unas encima de las otras. Todas son diferentes y la mayoría no sé de dónde salieron. Tres son mías. Una es blanca y tiene impreso el logo de *Kaspas*, la heladería en la que empecé a trabajar nada más llegar. Me la llevé a escondidas. Otra es azul y dice: «*Be a mermaid & make waves*». Esa me la regaló Ness, una chica irlandesa con el pelo de colores. Ella ya es una sirena. La última tiene una colección de dibujos inconexos algo horteros y citas sobre educación. Fue un regalo de final de curso, cuando ya trabajaba en la escuela. No es demasiado bonita, pero es mi favorita porque debajo de los dibujos pone *Miss Bravo*. En esta última me sirvo el café. Pienso en que quiero llevármelas todas. No me gustaría que alguien bebiera de ellas sin conocer sus historias ni quién las trajo, mucho menos que piensen que aquí solo estorban.

De los cuadernos, los poemas y las fotos no me puedo deshacer. Ni me lo planteo. Son una extensión de mí. Si acaso, un *mí* que ya no soy, pero al que espero poder volver cuando esté en Barcelona. Los marcos se quedan.



Pulgacuentos

Gabriel Jerónimo Olarte López

1. Abuelito

El anciano humedeció sus labios con la lengua en el ritual que antecede cada uno de sus discursos. Su nieta, sentada a su diestra, se preparaba para escucharlo.

—Los jóvenes de hoy están perdidos, sí señor, no saben lo duro que era antes. Cuando tenía tu edad y quería saber algo, tenía que escribirlo en Google, letra por letra hasta llegar al dato que buscaba. No había nada de esos sensores de párpados que se activan cuando pestañas cinco veces y preguntas en voz alta. Si quería darle la vuelta al mundo, debía subir a un avión y esperar diez horas completas, nada de esos transportadores cuánticos de materia que lo hacen en diez segundos. Y si quería ver a alguien que estaba lejos, teníamos una videollamada. ¿Quién se iba a imaginar esos androides que toman la identidad de la persona que le instales?

La nieta escuchaba con paciencia cada una de las quejas, reafirmando a sí misma que el regalo que le tenía preparado a su abuelo, para su cumpleaños número ochenta y nueve, era perfecto. Ella sabía cuánto le gustaban las antigüedades, por lo que consiguió un portarretratos digital para ponerle una clásica selfi, una que el abuelo tenía con su gato *Moisés* por allá en el 2019, cuando andaba por sus veintes y se acostumbraba a hacer ese tipo de cosas.

2. Día de clases

En los registros de la historia reciente, nunca un enfrentamiento entre policías y estudiantes de universidad pública había sido sorteado con tanta pericia, sin usar la fuerza y en menos de diez minutos. Dicen los chismosos que incluso hubo cordialidad.

La feroz caballería blindada aguardaba a las afueras de la *Alma Mater*, esperando la orden para ingresar. Los estudiantes aguerridos se atrincheraron tras la puerta sin ninguna intención de retroceder. Blandiendo su bolillo, el comandante de la policía se acercó a la puerta, donde lo esperaba «Burbuja», el más cuajo de los encapuchados, quien fue el designado para recibir el ultimátum. Bastó un cruce de palabras entre los adversarios para que ambos se dieran la vuelta y declarasen un empate técnico.

—¿Germán?

—La bendición.

—No le vaya a decir a su mamá que ando en estas huevonadas.

—Usted tampoco.

3. Con ropa

Ella también me está mirando desde la otra esquina del tren. Ambos nos tenemos clavada una mirada de asombro, tanto como de vergüenza.

Sabemos que nos hemos visto en la madrugada de los últimos tres jueves en la parte de atrás del bar Gólgota, aunque sé que ella ha venido asistiendo desde hace tiempo. En medio de las itinerantes orgías, donde no era permitido decir nombres, ella era mi preferida. Con su lunar calavérico justo al lado de su sexo, que nunca me quedaba sin probar. Ahora en el Metro, en plena hora pico, era imposible reconocernos con ropa, aún más cuando ella lleva cubierto casi todo el cuerpo. Pero lo hicimos: en el mundo real ella era una monja y yo una marica.

4. Irremplazable

Estaba dando el discurso de graduación: uno de los momentos más importantes de mi vida. Empecé a sudar y mis manos a temblar. Sin previo aviso, me quedé sin voz y el auditorio entero se silenció por un minuto. Yo le rogaba a la tierra que me tragara. En el fondo, una anciana se paró a aplaudir en su silla. Ella, mi abuela, que era sorda.

5. Ella llora de a poquitos

Doña Enelda ha venido asistiendo al cementerio de Soacha cada domingo hace siete años, y en cada ocasión le llora a una tumba distinta. Entre más destartalada, mejor. Algunas veces solo pregunta por el último muerto que llegó, y lo llora sin cuestionar su nombre. Enelda imagina que en cualquiera de esos cajones sellados al azar, podría venir su Alfredo, que no ve hace diez años. Si no fuese así, ella espera llorar al hijo de otra madre, que ojalá en algún lugar de Colombia, esté llorando a su Alfredo por error.

6. Salvación

«Borrachos y niños siempre dicen la verdad», recordó para sus adentros agonizantes. Postrado en cama, el viejo rey mandó traer todo el vino del castillo a su alcoba, para escapar de la muerte una vez más. Ya ebrio, exclamó: «¡Hoy tampoco te rendiré cuentas!» y, de repente, era un niño con una corona de cartón jugando con el vino para las visitas. Su madre, quien venía con la intención de castigarlo, quedó inhabilitada. No pudo contener la risa al comprobar cómo el pequeño monarca había sorteado, una vez más, su inminente destino.

Cronografía

Víctor Hugo Orduña Silguero «Shamir»

En un segundo
se ondulan los fotones,
calibrando los pasados futuros
que describen memorias.

Como
órbita fenomenal
que apaga los silencios,
como
espejo relojal
que se deviene entre físicas entidades,
como
contorsión volátil
de refractarias partículas
donde se vitalizan las fisiones.

En un segundo
se diluyen las materias oscuras,
instrumentando las siderales horas,
los cronometrados movimientos
que se atreven a pulsar el líquido amniótico,
de una sutil paradoja.

Como
átomos de cesio
que resisten y persisten,
como
simplificaciones literarias
de Bergson,
como
azul temporizador agustiniano.

En un segundo
la flora y la fauna absoluta
convergen en los colmillos de Plutón,
en un segundo,
hipopótamos cósmicos
se electrizan bajo mágicas esferas,
en un segundo,
los cuásares se pulsionan
sobre teóricos atardeceres,
en un segundo,
los electrones y las energías,
en un segundo,
tres besos cuánticos,
en un segundo,
la hiperbólica molécula,
en un segundo,

las atmósferas numerales.

En un segundo,
los carbonos imantados
de respuestas invertebradas
dejan caer magnesios y titanios,
dejan arder estaños y plutonios,
dejan llover bromos y mercurios;
al tiempo
que fluyen
mecánicas civilizaciones de fuego,
al tiempo
que al otro lado del nódulo
una deidad teclea
trillones de números extraños,
al tiempo
que un meteorito lleva en su vientre
los nuevos rostros
de la vida.



Psicodelia del amor

Diana García

Collage digital.

David González

Llueve
en la certeza de la tierra

las alegorías
suelen usarse de abono
pulposas de semejanzas
buscan la luz hacia arriba

abajo
solo la sed.



No ser nada
de la piel para adentro
fiable prudencia

los pájaros rebotan
entre
la pelvis
y el habla.



Patria o Muerte

en la pared

palabras estalactitas

incrustándose

en el dudar

solo dos habitantes por kilómetro cuadrado

algunos

(los menos)

entienden los vientos.





El cartón
amarga mi perspectiva

la piel
se siente ajena
al hueso

todo tiene más de un sentido

conjeturación;

los sin nombres
viven tras los espejos.

Nazca

reciba los nutrientes necesarios para desarrollar su cerebro

siéntase el perro de Pávlov antes de saber que existe algo llamado así

tenga una familia disfuncional

lea siempre cualquier cosa que caiga en sus manos

lea poesía

lea poesía desordenadamente

lea poesía hasta pensar que no hay nada nuevo por decir

piense en no volver a escribir

sienta la poesía rondar en la nuca

conozca la incineración

use las palabras como bayonetas

tenga amigos y piérdalos

sea genital

invéntese una moral o un dios

regocíjese en el barro y la altura

indague en la intensidad

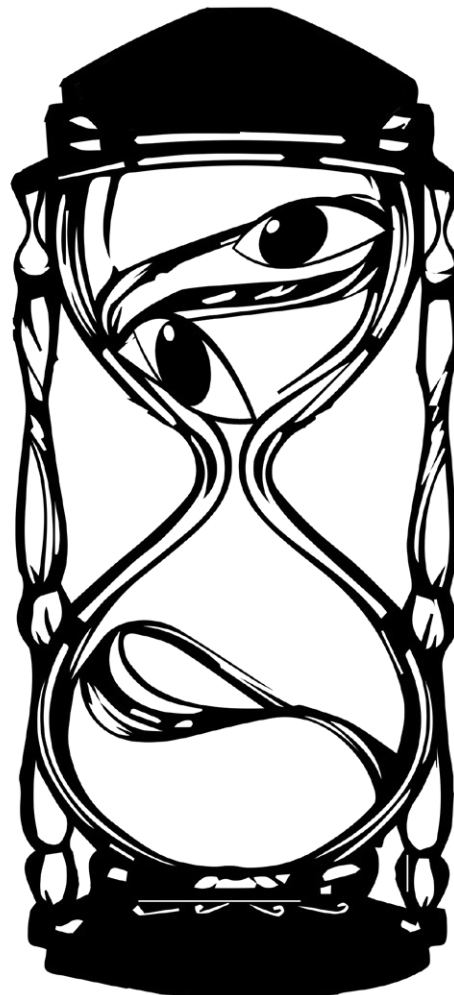
inmólese

siéntase morir

resucite

entiéndase uno más

descifre el run run del viento.



El tren más lento del mundo

*¡Deseamos viajar sin vapor y sin velas!
Para ahuyentar el tedio de nuestras prisiones,
Haced desfilar nuestros espíritus, tensos como un lienzo,
Vuestros recuerdos enmarcados por horizontes.*

Baudelaire.

Danilo Andrés Oliva Mura

La siguiente serie trata la historia de Jorge, quien por distintas circunstancias viaja a bordo de un tren sin tiempo, sin prisa, pero con incansables sueños.

Un día como cualquier otro me invita a su espacio y me cuenta sus batallas, sus amores, sus tristezas.

El sonido de los trenes llega desde otro tiempo, acompañando otro mar y otros recuerdos. Un par de tazas volteadas sobre los platillos me hacen pensar en una espera, una espera larga y melancólica.

Fotografías aparecen como fantasmas en las viejas paredes, con imágenes fantasmas de marineros y fugaces reencuentros.

Qué soledad más hermosa la del maquinista de tan notable locomotora y qué tormento, pues en sus sueños más escondidos, no pierde la esperanza de volver a guiar su tren, por los oxidados rieles, en su amado puerto.

La luz del mar al atardecer, entra por las ventanas de tan inmóvil espacio, para recordarme que debo bajar en la siguiente estación... Infinitas gracias por el viaje, heredero del capitán.

Resumen

Esta serie fue realizada en Valparaíso, el cual fue por un período determinado el conducto por donde me desplazé con mi cámara al cuello vagando y buscando.

El propósito de este trabajo es dar a conocer la vida de una de las personas que habita en un pequeño vagón de tren ubicado en el famoso Paseo Wheelwright, en la ciudad puerto.





De la serie El tren mas lento del mundo, Danilo Andrés Oliva Mura

Haikus de la doncella y el guerrero

Guillermo Romero

1

Surgió la aurora
en sus labios benditos.

Nunca la olvido.

2

Perdí la paz
en el bosque sombrío
de su mirada.

3

En la montaña
nació esta rosa fresca
para alegrarte.

4

Estanque azul.
Se asoman las estrellas
y amor respiro.



5

Aquel encuentro.

Nuestros cuerpos brillaron

más que la luna.

6

Tarde lluviosa.

La espada de mi padre

al fin me espera.

7

Ninguna pena

surcará tus pupilas.

Regresa pronto.

8

Pájaro negro.

Vuelan alas de luto

sobre mi pecho.

9

Esta es la boca

que se fundió en la llama

de nuestro adiós.

10

Bajo el sol negro

las flechas no dolieron,

sino tu voz.



11

El lento ocaso.

Pedí tiempo a la muerte
para mirarte.

12

Viento de otoño.

El silencio nocturno
se la llevó.

13

Espejo roto.

La noche sepultó
mis esperanzas.

14

Despierto triste

bajo el sauce marchito.

Volví a soñarla.



El arte como morada de las palabras (Parte 2)

Manuela Vives

02.



La virgen de Giotto en Medellín, 2000

De la dulzura a la mueca horrorizada hay apenas una luz de distancia;

y aún habrá alguna voz que se pregunte:

«¿por qué esa expresión terrible?»

Ante ti se han abierto las puertas del abismo.

El dolor y la impotencia son ahora destinos entreverados e indistintos.

Nada puedes hacer, espejo de justicia,

ante el avance incontenible de la barbarie.

Han sacrificado inútilmente al cordero.

Inútiles también tus lágrimas derramadas

sobre los tejados,

que se escurrirán por las calles

y se mezclarán con el caudal del río

que atraviesa el valle, saeta infinita.

Lágrimas que no apagarán

el fuego de las bombas

ni lavarán la sangre que el sol del mediodía

cristaliza en el asfalto.

Tus lágrimas no serán elixir

para los labios cárdenos de los caídos.

Entronizada en las montañas,

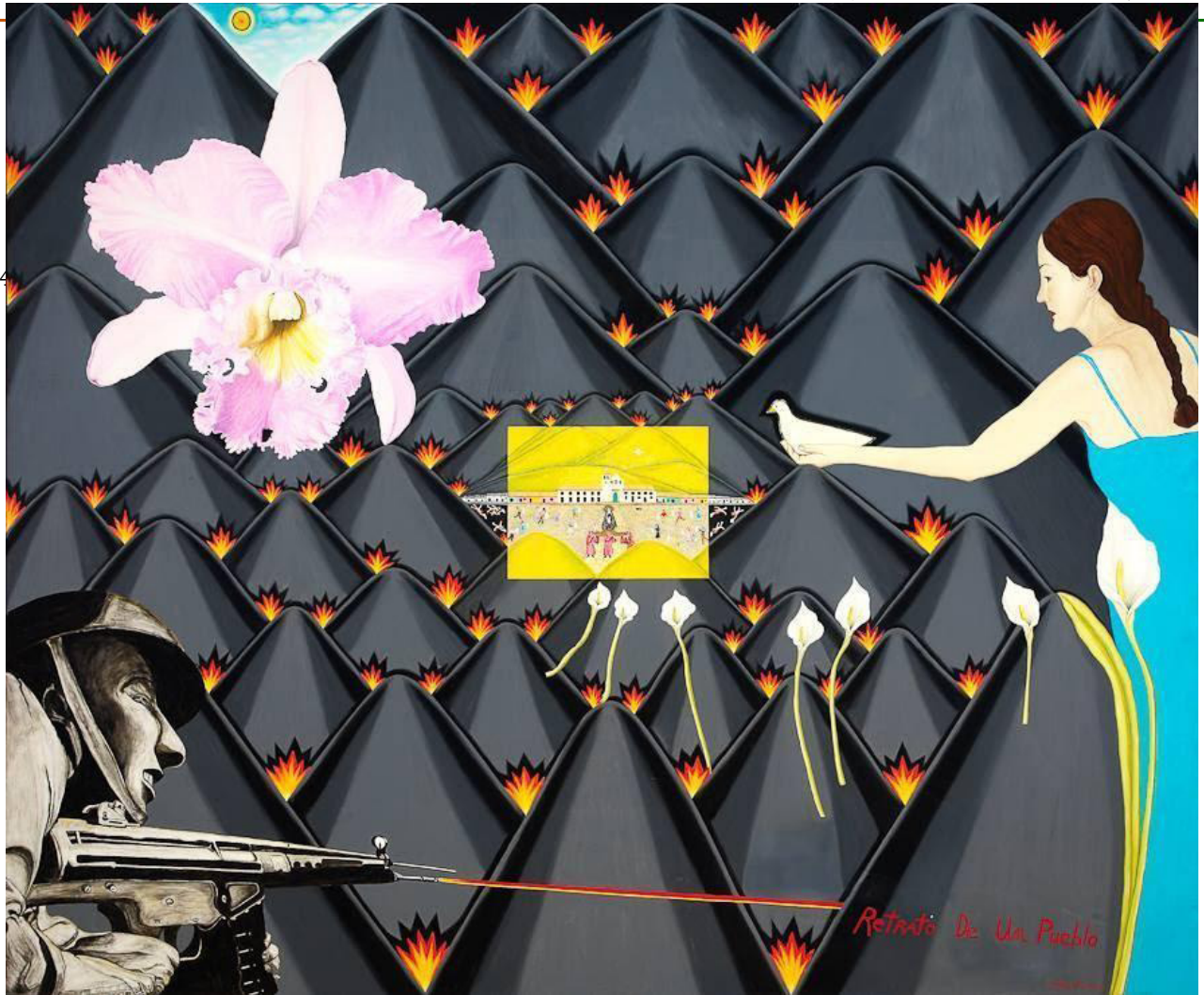
habitas el horizonte donde mora Dios.

Un niño juega a pintar

su casa.

Medellín es el espejo

de un dolor que no cesa.



Retrato de un pueblo, 1997

Reescribiré la historia de un sueño perdido.

Y en el humo haré renacer las flores

y tronarán los ríos

y cantarán los mirlos y las gaviotas.

Haré con mis manos el mundo

como un demiurgo caprichoso.

Entonces pintaré los cielos

y sobre ellos dibujaré las nubes

y el mar

y el viento.

Pintaré también las montañas

sin ruinas ni destellos,

y el sol regará los techos

de casas habitadas por amantes incansables.

Entonces el hollín será olvido

y sobre la faz de la tierra

no habrá plomo, ni dinamita,

ni soles enraizados

en los montes.

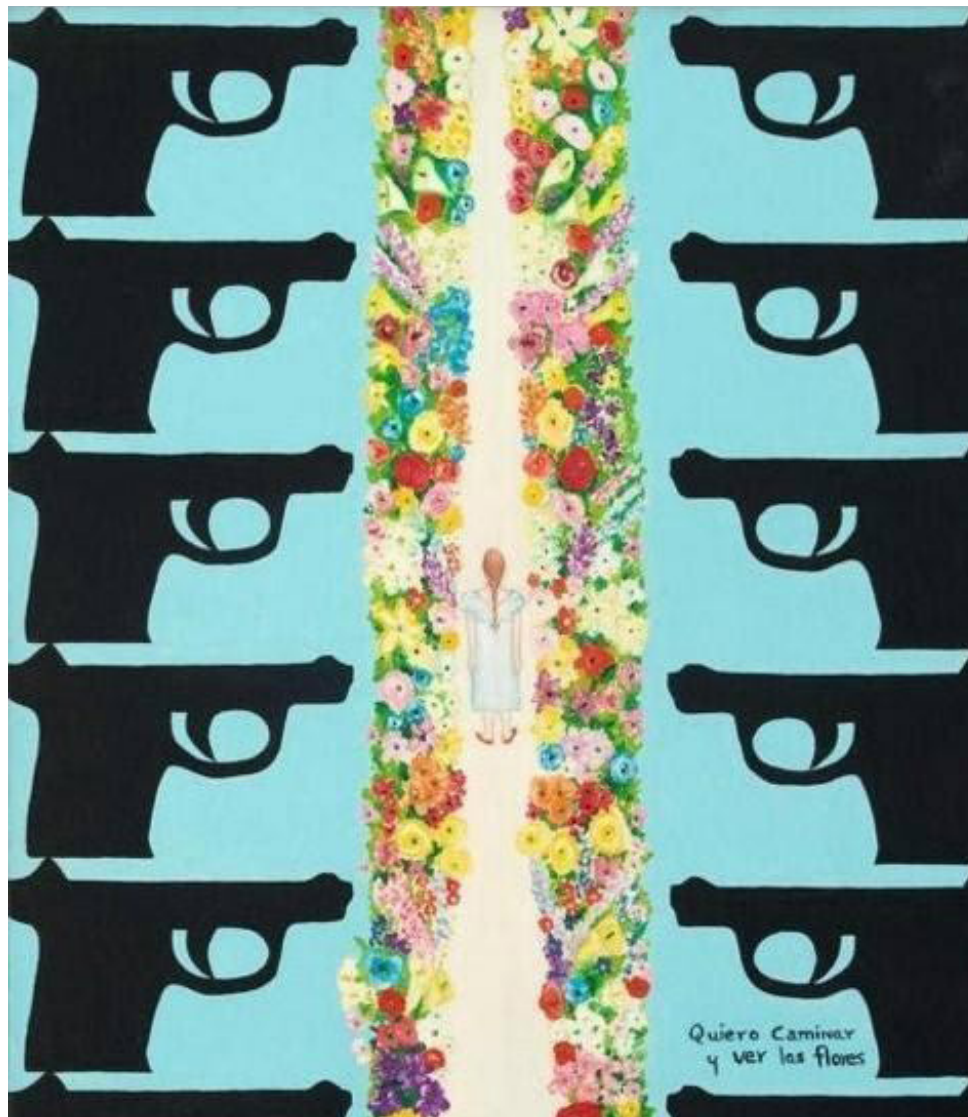
La tierra bendecirá

con frutos carnosos,

reverdecerá la luz

y la paz no será más una quimera.

05.



Quiero caminar y ver las flores, 1995

La niña, pálida como ninguna, se trenza el cabello y se arregla los pliegues del vestido. Cansada del azote de las ráfagas, ha decidido ir en busca de la belleza y no regresará hasta encontrarla. Ante sus ojos se extiende una delgada cuerda, fragmento de lo que fue. Es una niña sin nombre, de su rostro nada se sabe, nada se ha visto. El suyo es un cuerpo fallido: nació hembra en la tierra del varón. Su existencia equivale a una parcela y carga sobre su espalda, quebradiza y lábil, la condena de una vida errática.

Ojos de fuego la observan tras los arbustos, acechan su figura volátil; y la fábrica de oprobios enciende las máquinas. Sin saberlo, vislumbra un futuro que se le cierra ante los ojos.

09.



La señora n.º 5, 1989

El río es dulce aquí

En Dabeiba

Y lleva rosas rojas

Esparcidas en las aguas.

No son rosas,

Es la sangre

Que toma otros caminos.

María Mercedes Carranza.

De la tierra palpitante brota aún la sangre como agua de páramo.

Es también tu sangre la que corre, pletórica, por el caudal.

Cada gota derramada es un agravio irreparable.

Recógela, entonces, y mójate con ella la yema de los dedos.

Píntate los labios con la linfa de tu prole.

Paladea, pues, *Mater Dolorosa*,

la sombra exánime de la vida,

y desgárrate las entrañas en un grito desesperado.

No calles más la furia de tu llanto

ni solloces con disimulo la hondura de tu tristeza.

Deja llover tus lágrimas sobre estas cuestas,

que no conocerán jamás el rostro de Dios.

11.



Lunes, martes, miércoles, jueves, sábado, domingo, 1987

Lunes 30 de diciembre de 1991, Puerto Milán (Caquetá)

No hubo tiempo ni demora,

ni vistas atrás,

ni abrazos clandestinos.

Libertad acorazada

en barrotes de sol.

Desde la trinchera infame

855 se hincaron

sobre el manto ardiente.

Martes 31 de diciembre de 1996, Dabeiba (Antioquia)

Espina arbolada,

nube de cordillera.

Casas como desiertos,

calles como ríos,

hombres como raíces.

En la huida, un tropiezo

mira cara a cara a la muerte.

A Dabeiba

el milagro nunca llegó.

Miércoles 6 de noviembre de 1985, Bogotá D.C.

El corazón del país

latió estrepitoso

en la tarde de noviembre.

La ciudad,

selva de infierno,

se estremeció

en un grito ennegrecido.

En la eterna noche de hoguera

temblaron las estrellas

de quedita voz.

Jueves 2 de mayo de 2002, Bojayá (Chocó)

Todo está consumado en Bojayá.

Minelia, la enfermera,
Antún, el sacerdote,
bastiones de esperanza de la tierra herida.
«Llegó la noche y otra vez el aguacero y la tronamenta.
Es como si el cielo estuviera llorando la tragedia de los atrateños,
como si quisiera con las lágrimas de agua
limpiar la sangre de tanto inocente que hay aquí».¹

Viernes 13 de agosto de 1999, Bogotá D.C.

Se borraron las sonrisas.
Las verdades dolorosamente servidas
preludiaron la tragedia
mil veces narrada,
mil veces repetida.
La boca de fuego
se asomó por la ventana,
y al verlo exhaló
su aliento de plomo.

Sábado 19 de febrero del 2000, El salado (Bolívar)

Un nuevo horror ha nacido
en los Montes de María.
Un horror inédito
ante el cual Dios, espantado, huyó sin tregua.
Los saladeros esperaron.
Esperaron, uno a uno,
el turno de pasar al frente.
Y en la espera atestiguaron

¹ Testimonio de uno de los sobrevivientes de la masacre de Bojayá, taller de memoria histórica, Bellavista (2009).

el espectáculo infausto

de muerte entronizada.

Los acordeones cantaron, eufóricos,

odas siniestras,

gaitas y tamboras

acompañaron la fiesta de sangre.

En el Salado

no hubo permiso

ni para el llanto

ni para el duelo.

Domingo 26 de octubre de 1997, El Aro (Antioquia)

En el Aro habitan

sombras indecibles,

ruinas de silencio

y maleza.

Nada queda en el jardín

de las orquídeas

y las moras.

En el Aro, la alegría

es apenas un recuerdo.



LECTURA
RECOMENDADA

El marxismo, la educación y la universidad*

En cada carrera y en cada facultad, hay que formular la pregunta sobre los efectos que las relaciones capitalistas de producción tienen sobre el tipo de conocimientos que allí se transmiten, sobre la forma como se transmiten y sobre la manera como se limitan y se neutralizan en sus efectos revolucionarios.

Estanislao Zuleta

La revisión del papel que tienen la educación y la universidad en la sociedad es una constante. Parece un síntoma de fortuna que, en medio de situaciones desalentadoras, la universidad no haya adoptado un rol fijo, sino que, por el contrario, atienda las diversas formas que posee un sujeto para relacionarse con el conocimiento y el saber. Formas que se adquieren cuando nos encontramos inmersos en unas dinámicas que nos fijan, sin ni siquiera percatarnos, en un lugar de la estructura que nos hace propensos únicamente a ciertos tipos y cantidades de conocimientos. Nos convertimos en sujetos cuyo capital cultural se encuentra preestablecido por las condiciones en las que ocurra, desde el mismísimo principio, su vida. Por fortuna, esta predisposición no es determinante.

La educación y la universidad podrían constituirse en elementos transformativos y expansivos del abanico de posibilidades que enmarca nuestra vida. Para esto, resulta imprescindible identificar las dinámicas en las que se encuentran, a su vez inmersos, procesos como la educación e instituciones como la universidad. Y es en este sentido que el apartado «Educación y división capitalista del trabajo», publicado en la compilación *Educación y democracia: un campo de combate* (2010), del filósofo colombiano Estanislao Zuleta (1935-1990) resulta de gran interés.

Zuleta reconoce la existencia de tres problemáticas que deben considerarse al reflexionar sobre la educación y la universidad modernas, a saber: el problema del nexo entre la ciencia y las relaciones de producción capitalistas; su transmisión; y los procesos de neutralización y sectorialización por los que atraviesa. Esta situación le permite al autor, en primer instante, desvincular la ciencia de la noción de que esta es la expresión directa de la voluntad de una clase social determinada y plantear que,

* Conferencia dictada en la Universidad del Valle en 1975. No contamos con los derechos de autor de este material. Para acceder a él ver Zuleta, E. (2010). *Educación y democracia: un campo de combate*. Omegalfa Biblioteca Libre. <https://omegalfa.es/downloadfile.php?file=libros/el-marxismo-la-educacion-y-la-universidad.pdf>

más bien, es la estimulación del conocimiento científico, en ciertas áreas específicas, la que atiende a los intereses de la acumulación del capital. Así, se evidencia que el ritmo con el que se construye conocimiento, para dejar de hablar en términos productivos, es variable según la rentabilidad que este origine para el sistema económico.

Y aquí se conjugan dos elementos que esperamos constituyan, más que una justificación para recomendar esta lectura, una provocación para efectivamente leerla: nuestro quehacer como prosumidores de conocimiento y las dinámicas de todo orden en las que, como sujetos sociales, nos encontramos inmersos. En «Educación y división capitalista del trabajo» Zuleta invita a desarrollar una mirada crítica hacia la misma producción de conocimiento, en nuestro caso desde las humanidades, como herramienta para reconocer y revertir las formas en las que los intereses capitalistas nos atraviesan, y lograr así que «las luchas actuales lleguen a ser más eficaces y más profundas» (p. 119); porque «puede parecer utópico [...] exigir que sean los trabajadores y no el capital quienes decidan lo que se va a hacer. Todavía no se puede llegar hasta allá, pero es necesario que se sepa que [...] algún día la lucha tiene que llegar a formularse estas metas» (p. 120).

¿Y por qué no ahora?



Gacetilla Filología



@gacetilla_filologia